



1

CUADERNOS DEL BICENTENARIO DE LA MUERTE DE ANDRÉS COINDRE

SANTIDAD Y MUERTE DE ANDRÉS COINDRE



HERMANOS DEL
SAGRADO CORAZÓN

**CUADERNOS DEL BICENTENARIO DE LA
MUERTE DE ANDRÉS COINDRE (1826-2026)**

**CUADERNO 1:
SANTIDAD Y MUERTE
DE ANDRÉS COINDRE**

**HNO. EMILIO RODRIGO
30 DE MAYO DE 2024**

PRESENTACIÓN DE LAS PUBLICACIONES DEL BICENTENARIO DE ANDRÉS COINDRE



En 2021 celebrábamos el Bicentenario de la fundación del Instituto. Fue una buena ocasión para dar gracias a Dios por los frutos nacidos de la inspiración del Padre Andrés Coindre, así como del valor y del compromiso de los primeros hermanos al servicio de Cristo. Sabemos bien que los años posteriores a 1821 estuvieron jalonados de hitos importantes: reconocimiento del Instituto, primer capítulo general, primeros votos públicos y, desgraciadamente, la muerte del fundador en 1826.

Al acercarse el bicentenario de su muerte, la Comisión para la Promoción del Carisma de Fundación (CPCF) nos propone adentrarnos y meditar sobre su vida y legado mediante una nueva serie de publicaciones, mientras seguimos descubriendo y profundizando en el carisma recibido, inmersos en un mundo en constante evolución.

El carisma puede parecer confuso a veces, más sentido que comprendido. Sin embargo, lo reconocemos al entrar en un ambiente construido sobre sus valores e imbuido de su espíritu. Por el contrario, notamos su ausencia cuando las reglas y prácticas no reflejan convicciones profundas sobre la misión de servir a los niños y jóvenes.

Así pues, esta serie de textos nos brinda la oportunidad de explorar una vez más la vida, los escritos y la experiencia del Padre Andrés Coindre para reflexionar sobre sus frutos. Además, sigue estableciendo un diálogo entre el pasado, el presente y el futuro sobre la inserción de este carisma en nuestra misión. Que esta reflexión nos impulse a buscar soluciones innovadoras a los desafíos emergentes de la juventud de hoy. Nuestra misión es manifestar

Aclaración: Cuando en este escrito se habla de la santidad del Padre Andrés Coindre no se hace referencia a que haya sido canonizado por la Iglesia y, por tanto, propuesto como intercesor y modelo de vida para todo el pueblo cristiano. Sino que refiere al llamado que recibió de Dios y al que él quiso dar respuesta durante su vida terrena: “Es, pues, completamente claro que todos los fieles, de cualquier estado o condición, están llamados a la plenitud de la vida cristiana y a la perfección de la caridad, y esta santidad suscita un nivel de vida más humano incluso en la sociedad terrena” (*Lumen Gentium* 40). Este tema se desarrolla más ampliamente en el capítulo segundo.



El árbol de la vida muestra la importancia de las raíces bien arraigadas en el Corazón de Cristo, que florecen a través de nuestra fidelidad a la gracia recibida.

fielmente el carisma a través de nuestra búsqueda de respuestas, nuevas y antiguas, a las necesidades de los jóvenes de nuestro tiempo.

En mi opinión, la imagen del árbol de la vida ilustra este proceso de reflexión. Muestra la importancia de las raíces bien arraigadas en el carisma, en el corazón de Cristo, que florecen a través de nuestra fidelidad a la gracia recibida. En todo lugar, estamos llamados no sólo a llevar esperanza a través de nuestra misión educativa, sino sobre todo a encarnar esta esperanza en nuestra forma de vida y en la profunda convicción de que Dios se sirve de nosotros para derramar en abundancia su amor y su gracia sobre nuestros hermanos y hermanas.

¡Ametur Cor Jesu!

Br. Mark Hilton SC

Hno. Mark Hilton SC
Superior general

CAPÍTULO I

EL SECRETO MEJOR GUARDADO

Si formaste parte de alguna comunidad educativa de los Hermanos del Sagrado Corazón antes del año 2000, seguramente nunca o casi nunca oíste hablar del Padre Andrés Coindre. La figura de nuestro fundador fue, por unos ciento setenta y cinco años, uno de los secretos mejor guardados del Instituto. Incluso en la formación de los hermanos poco se decía de él, se lo pasaba rápidamente y se hacía mucho más hincapié en la persona del Venerable Hermano Policarpo. El motivo de este desconocimiento era, principalmente, la incomodidad que generaba hablar de las circunstancias de su muerte.

Su redescubrimiento y “puesta en valor” en nuestros libros y documentos, así como en la vivencia cotidiana del carisma, fue un proceso lento y trabajoso que comenzó como fruto del Concilio Vaticano II. Éste pidió a cada instituto religioso renovar sus reglas y constituciones de acuerdo a la gracia original recibida en su fundación, es decir, a su carisma propio. Este esfuerzo concluyó con la aprobación de nuestra nueva *Regla de Vida* en 1984 por parte de la Santa Sede, pero despertó el deseo de saber más sobre nuestro casi desconocido fundador.

Posteriormente, en 1993, se creó el Centro Internacional Andrés Coindre (CIAC) en Lyon que realizó, hasta 2010, una enorme tarea de investigación, reflexión y difusión de nuestro carisma tal y como lo vivieron el Padre Coindre y sus primeros colaboradores. Sin la constancia e inteligencia de todos



Hermanos de diferentes orígenes reunidos en 2007 en el Centro Internacional Andrés Coindre (CIAC), en Lyon, para formarse como promotores del carisma.

Hoy en día es común para nosotros hablar de nuestro fundador y del “carisma de fundación” que recibió y compartió con nosotros; estamos acostumbrados a tener su imagen en nuestras casas y obras y proponerlo como modelo de vida. Los festejos del Bicentenario del Instituto, en 2021, estuvieron llenos de su presencia, testimonio e inspiración. Sin embargo, cada vez que tenemos que hablar de su muerte reaparece el sentimiento de incomodidad porque no sabemos cómo explicarla.

En la Iglesia católica más que la fecha de nacimiento de los santos celebramos la de su muerte, porque es el comienzo de su plenitud eterna con Dios. Entonces, al acercarnos al bicentenario de la Pascua de nuestro fundador, se impone una mirada luminosa sobre su vida en el camino de la santidad y sus días finales en esta tierra, porque “no hay nada oculto que no deba ser revelado y nada secreto que no deba ser conocido” (Mt 10, 26).

los hermanos que pasaron por allí en sus diecisiete años de existencia sería imposible escribir estas líneas; tenemos con ellos una deuda impagable de gratitud.

Finalmente, como un tercer hito en este proceso, en el capítulo general de 2000 el Instituto logró articular en cuatro sencillos conceptos la identidad y la inspiración de nuestro fundador: la espiritualidad de la compasión, la pedagogía de la confianza, la opción por la justicia social y el trabajo en colaboración. Esta formulación tan clara nos permitió a muchos hermanos y colaboradores sentirnos (por primera vez para algunos) orgullosos de nuestro fundador.

Gracias a todo este camino, fue emergiendo ante nuestros ojos una gran figura: Andrés Coindre dejaba de ser un nombre mencionado rápidamente y de pasada para irse convirtiendo en un referente, alguien digno de admiración e imitación. Su vida salía de detrás del velo oscuro que había impuesto su muerte. Y cuanto más hablábamos de él, cuanto más comprendíamos sus intuiciones originales y su genialidad, más dábamos gracias a Dios y más nos enamorábamos del carisma que ya estábamos viviendo.

CAPÍTULO II

EL ORDEN DE LOS FACTORES

Al escribir estas líneas he tenido que tomar una decisión aparentemente sencilla, pero que implica más de lo que se ve a simple vista: ¿el título de este cuaderno debía ser “Muerte y santidad de Andrés Coindre” o “Santidad y muerte de Andrés Coindre”? El simple cambio de orden entre las palabras “santidad” y “muerte” tiene algunas implicaciones importantes.

En el primer caso, “muerte y santidad”, la santidad se concibe como un “estado” de la persona que sigue a su fallecimiento y el cual la Iglesia reconoce públicamente tras un arduo estudio: la última decisión está en manos del Sumo Pontífice. Este reconocimiento puede ser vivido como una meta anhelada por los hijos espirituales del futuro santo, un objetivo a alcanzar con esfuerzo atravesando una serie de etapas:

- **Siervo de Dios:** es el título que se le da al cristiano cuya causa ha sido aceptada para estudio a nivel diocesano. Deben pasar cinco años de su fallecimiento para iniciarla.
- **Venerable:** una vez completado el estudio de su vida y obra, si corresponde, se declara que la persona ha vivido en “grado heroico” las virtudes cristianas. Es decir, que en sus acciones y escritos no hay nada que le impida ser santo. Podríamos decir que llevó la vida de un santo.



*La santidad sucede en esta vida y será plena en la eternidad;
es el modo de vida de quienes ponen sus energías al servicio del Evangelio.
Grupo misionero Cor Jesu de Uruguay.*

- **Beato:** significa bienaventurado o feliz, porque la Iglesia declara que ya está en el Cielo con Dios. Es necesario que se haya realizado un milagro por su intercesión o que haya muerto como mártir. Se lo puede honrar con culto en el ámbito reducido de una iglesia local o de una congregación.
- **Santo:** es la última etapa del proceso y es necesario certificar un segundo milagro (o un primero si fue mártir). Se presenta como modelo e intercesor para la Iglesia universal. El acto específico para pasar de beato a santo es la “canonización”.

Pero, si invertimos los factores y pensamos en “santidad y muerte”, la santidad ya no es algo que viene después de la muerte, un reconocimiento que está en manos de otros. Por el contrario, es algo que sucede en esta vida y comienza antes de la muerte, aunque será vivida plenamente en la eternidad; es el modo de vida de aquellos que se han entregado por completo al Señor y han puesto sus energías al servicio del Evangelio.

Este es el sentido con el que, por ejemplo, San Pablo llama santos a los miembros de las primeras comunidades cristianas: "Pablo, Apóstol de Jesucristo por la voluntad de Dios, saluda a los santos que creen en Cristo Jesús... y nos ha elegido en él, antes de la creación del mundo, para que fuéramos santos e irreprochables en su presencia, por el amor" (Ef 1, 14).

Es en este sentido también que el Concilio Vaticano II establece que todos los cristianos estamos llamados a la santidad; aunque, lógicamente, no todos lleguemos a ser "elevados a los altares": "Es, pues, completamente claro que todos los fieles, de cualquier estado o condición, están llamados a la plenitud de la vida cristiana y a la perfección de la caridad, y esta santidad suscita un nivel de vida más humano incluso en la sociedad terrena" (*Lumen Gentium* 40).

Por tanto, aunque no sé si un día la Iglesia beatificará y canonizará a nuestro fundador, me atrevo a decir que Andrés Coindre vivió la santidad, entregado a Cristo hasta tal punto que los primeros hermanos expresaron tras su muerte: "Reunidos un día, lo veremos triunfante, precediéndonos, cantando las alabanzas de Aquél que fue el único objeto de sus deseos, sus trabajos y sus preocupaciones (...) Nos lo arrebató el exceso de una tarea toda ella empleada en defensa de nuestra santa religión" (segundo capítulo general de los Hermanos del Sagrado Corazón, 14 de junio de 1826).

Claro que nos gustaría que la Iglesia reconociera esa santidad y un día pudiéramos tener la imagen de Andrés en los altares de nuestras capillas, pero no es eso lo que nos desvela. Lo que nos quema por dentro es el fuego de santidad que él vivió y contagió a sus colaboradores: laicos, laicas, religiosos, religiosas, sacerdotes... Ese mismo fuego es el que nos mueve hoy y le da sentido a nuestra vida y misión, porque junto con Andrés nos unimos a las palabras de Jesús: "He venido a traer fuego a la tierra y ¡cómo quisiera que ya estuviera ardiendo!" (Lc 12, 49).

CAPÍTULO III

NO ES UNA CARRERA

Me permito aquí una pequeña digresión respecto al tema principal. En nuestro Instituto no contamos aún con ningún beato o santo canonizado, pero contamos con dos venerables: los Hermanos Policarpo (1801-1859) y Norberto (1886-1959), reconocidos como tales en 1984 y 2018 por los Papas Juan Pablo II y Francisco respectivamente.

Policarpo es muy conocido entre nosotros por ser el primer hermano en ocupar el cargo de superior general, ser el autor de las primeras *Reglas* completas, preservar la memoria del fundador al recopilar sus escritos, enviar a los primeros hermanos misioneros fuera de Francia (a Mobile, Estados Unidos, en 1846) y devolver la estabilidad y la prosperidad a una congregación que se consideraba agonizante. Todo eso le valió el título de "segundo fundador", otorgado por los hermanos tras su muerte.

Por su parte, Norberto recién se está abriendo paso entre nosotros: su imagen va apareciendo en algunas de nuestras obras, su biografía se va dando a conocer y a veces los jóvenes nos preguntan por él. Fue un hermano estadounidense, fundador de la obra misionera en Uganda, de la que fue responsable en varios períodos y donde falleció. Allí los nativos le llamaban "dano ma lego": el hombre que siempre reza.



del Padre Coindre con los primeros hermanos, desde la cual creció el árbol; las raíces serían la espiritualidad de la compasión (vivida tanto en la oración como en el trabajo) que nos permiten nutrirnos de Jesús; la savia que corre por nosotros y nos da vida sería el Espíritu Santo; los frutos serían nuestras vidas y obras concretas por todo el mundo a lo largo de doscientos años.

Andrés, Policarpo y Norberto, los tres son frutos del mismo árbol que conecta todo. No se trata de una carrera para ver quién llega antes: da igual si es declarado santo uno antes que otro, si llegan los tres al mismo tiempo, si no llega ninguno o si llega primero algún otro hermano o laico que hoy no tenemos presente... ¡No importa en lo más mínimo! ¡Ninguno le va a robar el lugar a otro en el Cielo!

Lo que sí importa es mantenernos unidos a Cristo para que la savia del Espíritu nos vivifique y sigamos dando frutos de santidad en el siglo XXI, como ya los dimos en el XIX y en el XX, porque Jesús mismo dijo: "Yo soy la vid, ustedes los sarmientos. El que permanece en mí y yo en él da mucho fruto, porque separados de mí nada pueden hacer" (Jn 15, 5).

Traigo estos dos hermanos a nuestra memoria porque ellos ya han sido reconocidos como venerables por la Iglesia. Es decir que, tras un estudio exhaustivo de su vida y sus escritos, se ha llegado a la conclusión de que practicaron heroicamente todas las virtudes de un cristiano. Podemos decir sin miedo que ambos vivieron una vida de santidad y que la Iglesia así lo reconoce. Sabemos que no han sido los únicos, todos conocemos hermanos y colaboradores de los que podemos decir que han vivido "la santidad de la puerta de al lado", para utilizar la expresión del Papa Francisco hacia "aquellos que viven cerca de nosotros y son un reflejo de la presencia de Dios" (*Gaudete et Exultate* 7).

Y aunque es importante que entre los numerosos frutos de santidad del árbol del Instituto dos hayan sido reconocidos por la Iglesia, más importante aún es reconocer que estas dos "santidades" tienen un origen común con todas las demás en nuestra familia carismática.

Poéticamente podríamos decir que, si nuestro carisma fuera un árbol, el Corazón de Jesús sería la tierra; la semilla sería la experiencia fundacional

CAPÍTULO IV

OFRECER
EL CORAZÓN

Pero, ¿qué tuvo tan especial Andrés Coindre?, ¿por qué creemos y afirmamos la santidad de su vida? Mucho hay escrito ya y publicado sobre la vida de nuestro fundador y no quiero ser reiterativo. Especialmente recomiendo los cuadernos publicados con ocasión del Bicentenario del Instituto¹. Quien tenga la posibilidad de leer estos siete textos se encontrará con un Andrés Coindre real, cercano, encarnado en su tiempo... y santo, muy santo. Pero, para aquellos que no hayan leído aún nada de él o tengan nociones muy vagas, es preciso mencionar al menos lo esencial.

En el año 2017, en Colombia, durante la Sesión Internacional del Carisma de América Latina y España, escuché por primera vez al Hermano Javier Marquín explicar el origen de nuestro carisma. Quedé impactado: en lugar de deshacerse en elogios sobre el fundador y “pintar su retrato” para nosotros, describió vivamente el contexto de su vida, no sólo en términos sociales y económicos (guerra, pobreza, hambre...) sino, sobre todo, en términos culturales y filosóficos (ilustración, racionalismo, anticlericalismo...). Por simple contraposición la imagen de Andrés Coindre apareció imponente ante nuestros ojos. Al pintar el fondo emergió la figura.

Con claridad vimos cómo el movimiento filosófico de la ilustración devino en una revolución política que hizo un esfuerzo sistemático por eliminar al Dios cristiano y a su Iglesia del horizonte de los hombres. Vimos a la “diosa

razón” entronizada en lugar del Crucificado. Vimos un mundo privado de la misericordia y compasión que sólo un Dios con corazón puede brindar. Vimos una Francia partida al medio, exhausta y empapada de sangre. Vimos niños huérfanos y pobres, sin familia ni Dios, abandonados en un sistema penitenciario insensible. Vimos jóvenes sin futuro ni esperanza en las ciudades y en los pueblos... Y entonces, sólo entonces, lo vimos a él, a Andrés Coindre, de pie en medio de tanta tragedia, con la bandera del Corazón de Jesús en la mano y encendido de amor.

Cada vez que pienso en nuestro fundador viene a mi mente la primera estrofa de una canción del cantautor argentino Fito Páez:

*¿Quién dijo que todo está perdido?
Yo vengo a ofrecer mi corazón.
¡Tanta sangre que se llevó el río!
Yo vengo a ofrecer mi corazón.*

Frente a estas realidades Andrés no se quedó al margen, ofreció su corazón y, lo más importante, ofreció el Corazón de Jesús. Quiso poner misericordia divina en medio de la miseria humana. A decir del Hermano Javier Marquín: “quiso poner de nuevo a Dios en el horizonte de los hombres”.

Pero no le alcanzaba con hablar del amor divino, lo que en sí ya hubiera sido muy bueno y santo, sino que necesitaba trabajar en lo concreto, bajar al barro, a la trinchera... Andrés hubiera estado de acuerdo con estas palabras del Papa Francisco en su homilía del 5 de febrero de 2015:

Ésta es la misión de la Iglesia: la Iglesia que sana, que cura. Algunas veces, he hablado de la Iglesia como hospital de campaña. Es verdad: ¡cuántos heridos hay, cuántos heridos! ¡Cuánta gente necesita que sus heridas sean curadas! Ésta es la misión de la Iglesia: curar las heridas del corazón, abrir puertas, liberar, decir que Dios es bueno, que Dios perdona todo, que Dios es Padre, que Dios es tierno, que Dios nos espera siempre.

Entonces la caridad de Andrés Coindre se hizo concreta y aquel hombre de brillante futuro eclesial decidió bajar del púlpito para ir a las misiones, a los pueblos, a las cárceles, a las niñas y niños de la calle... Ese ardor contagió a otros y así nació la Pía Unión al Sagrado Corazón de Jesús en 1816, un grupo de señoritas laicas que fue la base para la fundación de las Damas de los



*Frente a la realidad Andrés Coindre ofreció su corazón y,
lo más importante, ofreció el Corazón de Jesús.
Quiso poner misericordia divina en medio de la miseria humana.*

Sagrados Corazones de Jesús y de María en 1818; seguida por los Hermanos de los Sagrados Corazones de Jesús y de María en 1821 y, finalmente, los Misioneros del Sagrado Corazón en 1822 en Monistrol. Todo tenía que ver con el Corazón, todo hablaba de misericordia. Andrés recibió de Dios un llamado a la santidad y él lo concretó por un camino múltiple: desarrolló una respuesta específica para cada necesidad e invitó a muchas otras personas a sumarse.

¿Es difícil explicar una obra tan inmensa en sólo treinta y nueve años de vida? No, porque "el viento sopla donde quiere: tú oyes su voz, pero no sabes de dónde viene ni a dónde va y lo mismo sucede con todo el que ha nacido del Espíritu" (Jn 3, 8).

CAPÍTULO V

UNA CONTRA- RREVOLUCIÓN DE SANTIDAD

Creo que hay un aspecto del contexto del Padre Andrés Coindre que aún no se ha considerado suficientemente. Cuando hablamos del trasfondo histórico de su vida por lo general nos fijamos en los aspectos negativos, sin embargo, si contemplamos más de cerca la Iglesia francesa posrevolucionaria quedamos impactados por una realidad: nos encontramos ante una verdadera "contrarrevolución de santidad".

Después de que la Revolución quisiera eliminar de cuajo al Dios cristiano y a la Iglesia católica, el Espíritu Santo suscitó, como respuesta, una increíble cantidad de personas que con toda generosidad entregaron sus vidas a Cristo. El Padre Coindre formó parte de ese movimiento.

Para poder visualizar esta contrarrevolución de santidad con cierta objetividad, me veo obligado a enfocarme por un momento sólo en las personas que la Iglesia ha beatificado y canonizado. Sin contar a los 426 beatos y 17 santos que murieron mártires de la Revolución, ¡la Iglesia ha proclamado unos 51 santos y 12 beatos franceses del siglo XIX! En muchos países del mundo hay tan sólo unos pocos beatos o santos en toda su historia... ¡en Francia son 63 sólo en un siglo! De ellos 32 fueron misioneros en África, Asia y Oceanía y casi todos murieron mártires; mientras que 21 fundaron congregaciones religiosas, en muchas ocasiones más de una. Y ellos son una mínima parte de todos los cristianos comprometidos, sacerdotes, religiosos, misioneros y fundadores de la época.

Los ilustrados y revolucionarios habían querido terminar con la Iglesia católica: habían profanado sus templos y los habían convertido en almacenes y tiendas, habían demolido el monasterio de Cluny, el más grande de toda la cristiandad, habían abolido el culto católico y lo habían remplazado por la diosa razón, habían cambiado el calendario para que ya nadie se rigiera por los tiempos litúrgicos y las fiestas religiosas, habían obligado a los sacerdotes a jurar una constitución que los sometía al poder político o a permanecer en la clandestinidad, habían disuelto y expulsado congregaciones religiosas, habían bañado Francia con la sangre de cientos de mártires... y allí mismo unas décadas más tarde, después de la ola de dolor, renacía la Iglesia serena, limpia, dispuesta, fiel, santa.

Un refrán español reza "para muestra basta un botón". En la parroquia de San Bruno en Lyon, donde nuestro fundador vivió un tiempo, se fundaron seis institutos religiosos entre 1808 y 1825: en 1808 las Hermanas de San José, en 1816 los Sacerdotes de la Cruz de Jesús, en 1818 las Religiosas de los Sagrados Corazones de Jesús y de María, las Hermanas de la Adoración del Sagrado Corazón en 1820, en 1821 los Hermanos de los Sagrados Corazones de Jesús y de María y las Hermanas de la Sagrada Familia en 1825.

Al final de este cuaderno incluyo una extensa lista con algunas de las personalidades que, junto a nuestro fundador, marcaron la Iglesia de Francia en el inicio del siglo XIX. Las presento en un anexo a fin de no enlentecer el texto, pero recomendando vivamente su lectura. Esta recopilación no se limita sólo a beatos o santos y los nombres están presentados en tres círculos concéntricos en torno a la figura de Andrés Coindre. Su confección ha sido posible gracias al inestimable aporte del Hermano Jean Roure y a los escritos del Hermano Jean-Pierre Ribaut.

No creo que formar parte de esta inmensa contrarrevolución de santidad le quite mérito alguno al Padre Andrés Coindre. Al contrario, creo que realza más su figura y la pone en el contexto de un plano mayor. Estos cristianos resplandecieron con la luz de Cristo en vida y ahora siguen brillando juntos en el Cielo, para guiarnos en las noches oscuras. Aunque cada estrella tenga su luz propia, es más interesante descubrir las figuras que juntas forman en el firmamento, porque "ciertamente, hay diversidad de dones, pero todos proceden del mismo Espíritu; hay diversidad de ministerios, pero un solo Señor; hay diversidad de actividades, pero es el mismo Dios el que realiza todo en todos; en cada uno el Espíritu se manifiesta para el bien común" (1 Co 12, 4-7).

CAPÍTULO VI

LEJOS DE CASA

Después de haber hablado sobre la santidad de nuestro fundador y antes de entrar propiamente en su muerte, conviene entender dónde falleció y por qué estaba ahí, ya que murió en Blois, a unos 450 km tanto de Lyon como de Monistrol, las dos ciudades en torno a las que había girado toda su vida y apostolado.

Hasta 1821, Andrés Coindre había tenido como base la ciudad de Lyon, probablemente la segunda más importante de Francia. Pero en 1822 se trasladó a Monistrol, una localidad unos 90 km hacia el suroeste. Motivaron este desplazamiento dos situaciones: por un lado, Monseñor Joseph de Salamon (obispo titular de Saint-Flour y administrador apostólico de Le Puy, diócesis a la que pertenecía Monistrol) lo invitó a formar una comunidad de sacerdotes misioneros a semejanza de aquella con la que colaboraba en Lyon. Coindre aceptó este proyecto y fundó así su tercera congregación: los Misioneros del Sagrado Corazón.

El segundo motivo era el clima hostil que había en Lyon hacia la fundación de nuevas comunidades religiosas, situación que era inversa en Monistrol. El arzobispo de Lyon era el Cardenal Fesch, pariente de Napoleón, de quien Andrés recibió la ordenación sacerdotal, pero estaba exiliado en Roma por cuestiones políticas. En su ausencia, la arquidiócesis quedó a cargo de varios vicarios generales que pretendían que las nuevas congregaciones se unieran



Cinco obispos clave para entender la llegada de Andrés Coindre a Blois:

1. *Cardenal Joseph Fesch, arzobispo de Lyon: Estaba exiliado en Roma por razones políticas.*
2. *Mons. Jean-Gaston de Pins, obispo de Limoges y administrador apostólico de Lyon: El poder real estaba en manos de los vicarios generales leales a Fesch, que se oponían a las nuevas congregaciones como las de Coindre.*
3. *Mons. Joseph de Salamon, obispo de Saint-Flour y administrador apostólico de Le Puy: Le propone a Coindre organizar en Monistrol (diócesis de Le Puy) una congregación de sacerdotes misioneros. Aprueba oficialmente allí a sus hermanos y hermanas.*
4. *Mons. Louis de Bonald, nuevo obispo de Le Puy: Al asumir el cargo dismantela la congregación de sacerdotes misioneros del Padre Coindre en Monistrol.*
5. *Mons. Philippe de Sauzin, obispo de Blois: Al conocer la situación de Andrés Coindre en la diócesis de Le Puy le invita a ir a su diócesis como superior del seminario, canónigo honorario y vicario general.*

entre sí para formar otras mayores. Sin embargo, en Monistrol, bajo la autoridad de Monseñor de Salamon, Andrés Coindre sabía que sus hermanas y hermanos iban a poder ser aprobados de manera oficial y así emitir votos públicos sin inconvenientes. Las hermanas lo pudieron hacer en 1823 y nosotros en 1824.

Podríamos decir que en Monistrol el Padre Andrés Coindre era feliz; un hombre atareado, sin duda, supervisando tres congregaciones al tiempo que predicaba misiones, pero un hombre querido y valorado, con el respaldo de la autoridad eclesial. Sin embargo, en 1825 se nombró un obispo propio para Le Puy: Monseñor Louis-Jacques-Maurice de Bonald (más tarde llegaría a arzobispo de Lyon). Este nuevo prelado, un tanto autócrata, no veía con buenos ojos que Monistrol hiciera sombra a Le Puy, la sede episcopal, de modo que encargó a los Padres Jesuitas las misiones en la diócesis y comenzó a nombrar como párrocos a los principales misioneros de Coindre. Sin duda aquello no auguraba un buen final y Andrés no quiso entrar en conflicto con la autoridad; decidió dar un paso al costado y nombró al Padre Romain Montagnac nuevo superior de los Misioneros del Sagrado Corazón.

Antes de partir, Andrés brindó un último servicio a la diócesis: participó junto a los Padres Jesuitas en la misión de Le Puy desde principios de diciembre de 1825 hasta el 25 de enero de 1826. Había llegado allí por su fama de misionero y se despedía como tal. Justo después, marchó a Lyon para poner en orden sus asuntos y presidir en Fourvière, el 29 de enero, la profesión religiosa de varias hermanas, cuyas actas firmó ya como "Andrés Coindre, vicario general de Blois", a donde marchó pocos días después, a comienzos de febrero de 1826.

¿Y por qué a Blois? Su obispo, Monseñor Philippe-François de Sauzin, había conocido meses antes a Coindre en una de sus misiones y quedó encantado. De modo que, consciente de las dificultades que tenía con el nuevo obispo de Le Puy, le invitó a su diócesis y lo nombró vicario general, superior del seminario mayor, canónigo honorario y, al poco tiempo, canónigo titular. De todos esos cargos, sin duda, el central era el de superior del seminario, donde se formaban los futuros sacerdotes.

Blois distaba unos 450 km tanto de Lyon como de Monistrol y el transporte más común era la carreta o la diligencia a caballo, que podía recorrer unos 100 km diarios, de modo que llegar de Lyon o Monistrol a Blois podía tomar

unos cinco días. En tiempos de viajes en avión y comunicación instantánea gracias a internet nos puede resultar difícil comprender el nivel de desarraigo que este traslado pudo suponer para nuestro fundador, aspecto sobre el que volveremos más adelante.

Al ver las dificultades de Andrés Coindre con las autoridades eclesiásticas tanto de Lyon como de Monistrol, podemos deducir que no era alguien a quien se pudiera manipular con facilidad. Sin embargo, también descubrimos que nunca se encaprichó con una idea o proyecto, sino que puso siempre los planes de Dios antes que los de los hombres y muy por encima de su propia comodidad.

En medio de sus continuas misiones y cada vez que debió mudarse (a Bourgen-Bresse, a San Bruno, al Pío Socorro, a Monistrol o a Blois) habrá sentido muy suyas las palabras de Jesús: "Los zorros tienen sus cuevas y las aves del cielo sus nidos; pero el Hijo del hombre no tiene dónde reclinar la cabeza" (Mt 8, 20).

CAPÍTULO VII

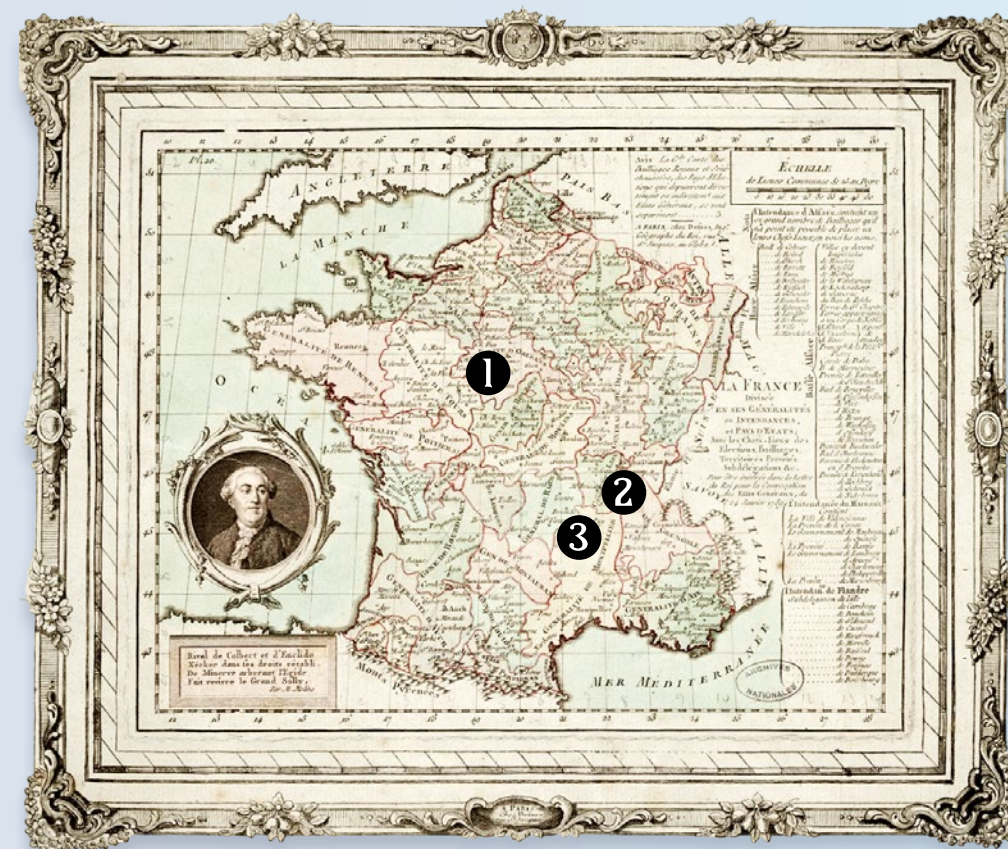
SUS ÚLTIMAS CARTAS

Conservamos cuatro cartas de Andrés Coindre escritas desde Blois en 1826, dos de ellas fechadas el 25 de febrero, otra el 26 de marzo y la última el 3 de mayo, una semana antes de los primeros signos de su trastorno.

Una de ellas es un mensaje personal al Hermano Louis de Pradelles, en un intento de reencaminarlo y evitar que dejara su vocación. Las otras tres son cartas dirigidas al Hermano Borja, su mano derecha y director general del Instituto, en las que hace un seguimiento de los asuntos de la congregación y de circunstancias particulares de los hermanos. En conjunto nos permiten constatar que nuestro fundador estuvo hasta el último momento al tanto de todas las situaciones y no dejó nunca de preocuparse y ocuparse de nosotros. Aún en la lejanía, Andrés seguía pensando y velando como un padre por sus hijos.

Vamos a rescatar algunos párrafos de estas cartas que nos permiten entender un poco más la situación anímica de nuestro fundador en Blois; lo haremos cronológicamente. En primer lugar, fijémonos en estos dos párrafos hacia el final de la carta dirigida al Hermano Borja el 25 de febrero de 1826:

Me ocuparé de las Reglas² cuando tenga un momento de respiro. No paro en todo el día, como un desdichado. Tendré que examinar de filosofía y de teología a nuestros seminaristas y hace ya trece años



① BLOIS | ② LYON | ③ MONISTROL

En 1826 el P. Coindre se traslada a Blois, a unos 450 km de Lyon y Monistrol. El viaje podía tomar unos cinco días en carreta o diligencia. Mapa de 1789.

que no he visto estas materias. Añada a esto la administración, la correspondencia, las pláticas y orientaciones que tengo que dar cada semana, las diaconales que tendremos en Pascua y verá si puedo hacer todo eso. Sin embargo, he enviado al Padre Montagnac la Regla de los Misioneros en diez grandes folios.

A su entera disposición. Muchos saludos a mi madre y a la Señora Pallière. Ya se pasaron mis dolores de gota. Me encomiendo a las oraciones de todos nuestros hermanos. Alabado sea Jesucristo.

(...)

Tengo mucha prisa.

Vemos claramente a un hombre sobrecargado de tareas, no sólo físicas sino, sobre todo, intelectuales. Dice haber mandado una *Regla* a su sucesor como superior de los misioneros de Monistrol, el Padre Román Montagnac; se infiere que debe ser un documento nuevo, diferente al que ya escribió para ellos en 1824, pero no se conserva este texto al que hace referencia.

La alusión a los dolores de gota es interesante porque es la única vez que él mismo menciona esta enfermedad en sus cartas. Sin embargo, ya en mayo de 1819, durante los primeros días de un retiro que predicó en la cárcel de San José de Lyon junto al Padre Furnion, había sufrido un ataque muy fuerte, “hasta el punto de no poder caminar”, según lo describió en una carta otro sacerdote, el Padre Mioland, y como quedó registrado en los archivos de los misioneros. Por tanto, esta enfermedad era una vieja compañera de nuestro fundador, aunque no tuviera costumbre de quejarse.

Era normal que Andrés incluyera al final de sus cartas al Hermano Borja saludos para su madre, su hermana y su hermano (su padre había fallecido en 1818, poco después de comprar entre ambos la propiedad del Pío Socorro). Estos saludos atestiguan dos cosas: la cercanía y confianza que tenía con el Hermano Borja, por un lado, y que su familia de sangre tenía una interacción cotidiana con sus hermanos en el Espíritu. Ambas cosas eran posibles porque su madre y su hermano vivían en la que hoy se conoce como “Maison Coindre”, una pequeña edificación al costado del que fue el Pío Socorro, actualmente es la residencia de la comunidad de hermanos y con anterioridad albergó al CIAC (Centro Internacional Andrés Coindre). La Sra. Pallière que se menciona es su hermana, María Marta Coindre, llamada por su nombre de casada.

Pero, cuando ya parece que ha terminado la carta y se está despidiendo, retoma nuevamente con otros temas que estaban pendientes y que seguramente recordó en ese preciso momento. Después hace una segunda y rápida despedida, tras la cual añade una postdata con más temas de orden práctico y finalmente culmina la misiva con un muy significativo: “Tengo mucha prisa”.

Aunque dejamos de lado esos párrafos cuyo contenido no resulta ahora de nuestro interés, sí nos sirven para comprobar que era un hombre sumamente atareado y que su mente bullía de temas diferentes. El final, “Tengo mucha prisa”, no hace sino poner en palabras lo que la propia redacción de la carta ya hace evidente.

Parte de esa prisa puede explicarse porque el mismo día escribió una segunda carta, en este caso al Hermano Louis de Pradelles, que se encontraba sumergido en una crisis vocacional. En la misma, como “el más afectuoso de los padres”, da consejos al hermano y lo exhorta a seguir a Cristo. A nosotros nos resulta especialmente interesante el penúltimo párrafo:

Pero San Juan dice: “El que hace la voluntad de Dios permanece eternamente.” La hace en la juventud, la hará en la edad madura y en la vejez, si llega. No será inconstante. Su alimento es hacer la voluntad de su Padre celestial que no cambia. No tiene que arrepentirse de nada en los últimos instantes de su vida, pues ha hecho siempre lo que tenía que hacer, ha amado a Dios, ha servido al prójimo, ha mortificado sus pasiones; se va de este mundo como un campeón que va a recibir el premio que ha merecido y su galardón es imperecedero.

Estas líneas parecen premonitorias, casi un testamento espiritual de alguien que en tres meses va a ir al encuentro de Dios. Vuelve a leer el párrafo anterior, pero como si Andrés se estuviera refiriendo a sí mismo, ¡es sobrecogedor!

Por otra parte, en la carta al Hermano Borja del 26 de marzo, un mes después de las anteriores, en medio del tratamiento de aspectos muy concretos, el Padre Coindre introduce una reflexión que, a la vista de su muerte que sucederá poco más de dos meses después, adquiere especial relevancia para nosotros. Leámosla también como si estuviera hablando de sí mismo:

No se atormente. Los superiores siempre tienen preocupaciones; es un peso, una carga que hay que llevar. No es un puesto para sentarse. La Cruz del Salvador era más pesada; es preciso sufrir con Él para entrar en la gloria; y usted no ha sido todavía vendido, ni traicionado, ni abandonado, ni crucificado por sus hermanos como lo fue Él por sus discípulos y sus criaturas.

Cuantas más desdichas tenga, más se asemejará a su Salvador. En esta tierra no existe el descanso, sino la lucha. Los que están a la cabeza tienen más pelea que los demás, pero también tienen más mérito en la victoria de la batalla. Hay que trabajar por mantener la unión con Dios no para disfrutar del goce de la paz, sino para sostenerse en el ardor del combate. La paz total la tendremos en el otro mundo.

En la iglesia de San Nicolás en Blois, cercana al seminario mayor, Andrés Coindre predicó el Miércoles de Ceniza y la cuaresma de 1826 (del 15 de febrero al 19 de marzo).



Púlpito desde el que nuestro fundador predicó.

Si Coindre era capaz de escribir estas palabras al Hermano Borja era porque él mismo las había experimentado y sabía que eran verdad: su nuevo puesto en Blois no era un lugar de descanso y placidez, sino un nuevo puesto de batalla desde donde se entregaba por completo al combate, llevando la carga más pesada. Se refuerza el perfil que ya hemos descubierto en él: un hombre de acción, de una espiritualidad encarnada, totalmente entregado aún a costa de su descanso y tranquilidad.

Llegamos así a su última carta, del 3 de mayo de 1826, la proximidad con el inicio de sus desvaríos, que comenzaron el 10 de mayo, nos indica que probablemente haya sido su último escrito en plena posesión de sus facultades. Hay tres aspectos a resaltar.

El primero de ellos es que abre abruptamente hablando sobre cómo el Padre Simon Cattet, vicario general de Lyon encargado de la educación, quiere fusionarnos con los Hermanos Maristas. Sabemos por otras fuentes que los había visitado en La Valla y estaba muy descontento con lo que vio allí. Está claro que el Padre Coindre no quiere saber nada con esta fusión que finalmente fue desestimada por el consejo del arzobispado unos meses después. Es interesante que en su última carta el fundador defienda nuestra integridad e independencia:

El carácter inquieto del Padre C. nos indica el comportamiento que tenemos que adoptar. Hay hombres que quieren deshacerlo todo para rehacerlo a su manera. Desconfiemos de tal modo de proceder. En la naturaleza no se puede rehacer nada de lo que se ha ido elaborando sin una destrucción total; y todavía más, no se puede asegurar que lo que ha sido reducido a polvo vuelva a aparecer en la contextura de una nueva producción. Lo mismo ocurre con las obras de la gracia. Pensar en tales fusiones muestra conocer poco a los hombres y las obras de Dios. Es como si se quisiera fusionar todas las familias para no hacer más que una, todos los estados para no hacer más que uno.

Ya hacia el final de la carta aparece otra reflexión que podría ser para nosotros casi como un legado, como un último mandato o recomendación del fundador, válido hasta la actualidad:

Temo que tengamos que cerrar algunos de nuestros establecimientos por falta de dinero. Pero habrá que impedir sobre todo que desaparezcan por falta de virtud y de ciencia, y todo nos irá bien.

Finalmente, la carta cierra con estas sencillas palabras que son las últimas que los hermanos, por intermedio del Hermano Borja, recibimos del buen Padre Andrés:

A su entera disposición. Muchos saludos a mi madre, a mi hermano y a la Señora Pallière.

Su Padre.

Ciertamente Andrés Coindre era un padre para ellos en el pleno sentido de la palabra, aunque a nosotros nos cueste un poco más considerarlo así. A diferencia de otras congregaciones que han tenido siempre presente y han ensalzado, a veces en exceso, la figura de su fundador, nosotros hemos ido en sentido contrario durante muchos años. Ojalá que este bicentenario nos ayude a volver a sentirlo como un padre y a recordar todo lo que Dios hizo en nosotros por su intermedio, porque, junto a San Pablo, Andrés nos dice: "Evidentemente ustedes son una carta que Cristo escribió por intermedio nuestro, no con tinta, sino con el Espíritu del Dios viviente, no en tablas de piedra, sino de carne, es decir, en los corazones" (2 Co 3, 3).

CAPÍTULO VIII

LA NOCHE EN LA QUE TODO CAMBIÓ

Hacia la una y media de la madrugada del 30 de mayo de 1826, desde una ventana del piso superior del hospital de Blois, el Padre Andrés Coindre cae y muere instantáneamente al golpear el suelo. Un seminarista contempla horrorizado desde la ventana la espantosa escena, él mismo estuvo a punto de ser arrastrado y caer al intentar retenerlo. Al trágico desenlace le han precedido veinte días de una conducta errática y un discurso delirante. A partir de aquí usemos la imaginación.

En el hospital hay conmoción. Gritos en la noche de enfermeros y médicos que acuden apresuradamente... pero no pueden hacer nada más que constatar el deceso. Los seminaristas que cuidaban a su superior no saben qué hacer, uno de ellos decide ir hasta el seminario para dar aviso al resto de las autoridades. Recorre por calles oscuras y silenciosas los 500 metros que separan el hospital del seminario, sin saber cómo va a transmitir la noticia al llegar.

El Padre Jean-Paul Lyonnet, uno de los tres directores del seminario bajo la autoridad de Andrés Coindre, se despierta sobresaltado con golpes en la puerta. Se reúne con sus colegas a la luz de unas velas, con confusión y espanto en sus caras. Hablan a media voz para no despertar a nadie. Conversan durante unos minutos y van al hospital para comprobar por ellos mismos la increíble noticia. Luego se reúnen y debaten sobre las decisiones que



Puntos clave de la ciudad de Blois:

- 1 - Catedral de San Luis / 2 - Parroquia de San Nicolás / 3 - Antiguo hospital**
4 - Ubicación del seminario mayor en 1826 (no se conserva el edificio)
5 - Ubicación del cementerio hasta 1842 / 6 - Río Loira.

Pero también hay que avisar a Lyon. Se decide que el Padre Lyonnet, coterráneo de Coindre, sea el encargado de escribir la carta a Monseñor Cholleton, vicario general y verdadera autoridad de la arquidiócesis. Es mejor que sean las propias autoridades de Lyon las que hablen con la familia Coindre, para atenuar el golpe de mejor manera. El hermano de Andrés, el Padre Francisco Vicente Coindre, es el capellán de los hermanos en el Pío Socorro, cuando se entere que sea él quien les transmita la noticia. Pero a las hermanas hay que escribirlas sin duda. Se hacen también otros arreglos para avisar a Monistrol y al obispo de Le Puy, Monseñor de Bonald.

Ya es de día, tal vez sin haber podido dormir nada desde la madrugada, el Padre Lyonnet toma pluma y tinta para escribir la carta al Padre Cholletón, pero no puede: le tiemblan las manos, está muy consternado. Entonces pide ayuda al subsecretario del obispo y éste va escribiendo lo que él le dicta: un relato pormenorizado de las últimas semanas de vida de un hombre extraordinario. Al terminar, se arma de valor y le pide al subsecretario que le pase la pluma para hacer una anotación final de puño y letra.

Todo esto sucedió, de esta forma u otra parecida, el 30 de mayo de 1826. Una gran sombra se extiende sobre el seminario y la ciudad de Blois y pronto llegará a toda la diócesis, a los Misioneros del Sagrado Corazón de Monistrol, a las Religiosas de Jesús-María, a los Hermanos del Sagrado Corazón, a la familia Coindre, a la arquidiócesis de Lyon y a tantas y tantas personas que conocieron, valoraron y quisieron al Padre Coindre, pero "las tinieblas no son oscuras para Dios y la noche es clara como el día" (Sal 139, 12).

tienen que tomar en las escasas horas que faltan para que salga el sol y los seminaristas se levanten a la oración: quién va a dar la noticia y cómo, qué se va a decir... es imposible contener esta noticia que aún no logran comprender. ¡Si al menos pudieran evitar que se supiera la forma en que ha muerto!

Sin duda tienen que comunicárselo al obispo, Monseñor de Sauzin, máxima autoridad de la diócesis y "protector" del Padre Coindre, a quien hacía pocos meses había hecho venir desde Monistrol y para quien tenía grandes planes. Pero monseñor no está en la ciudad, hace unos días salió en visita pastoral, hay que mandarle una carta o enviar un mensajero.

CAPÍTULO IX

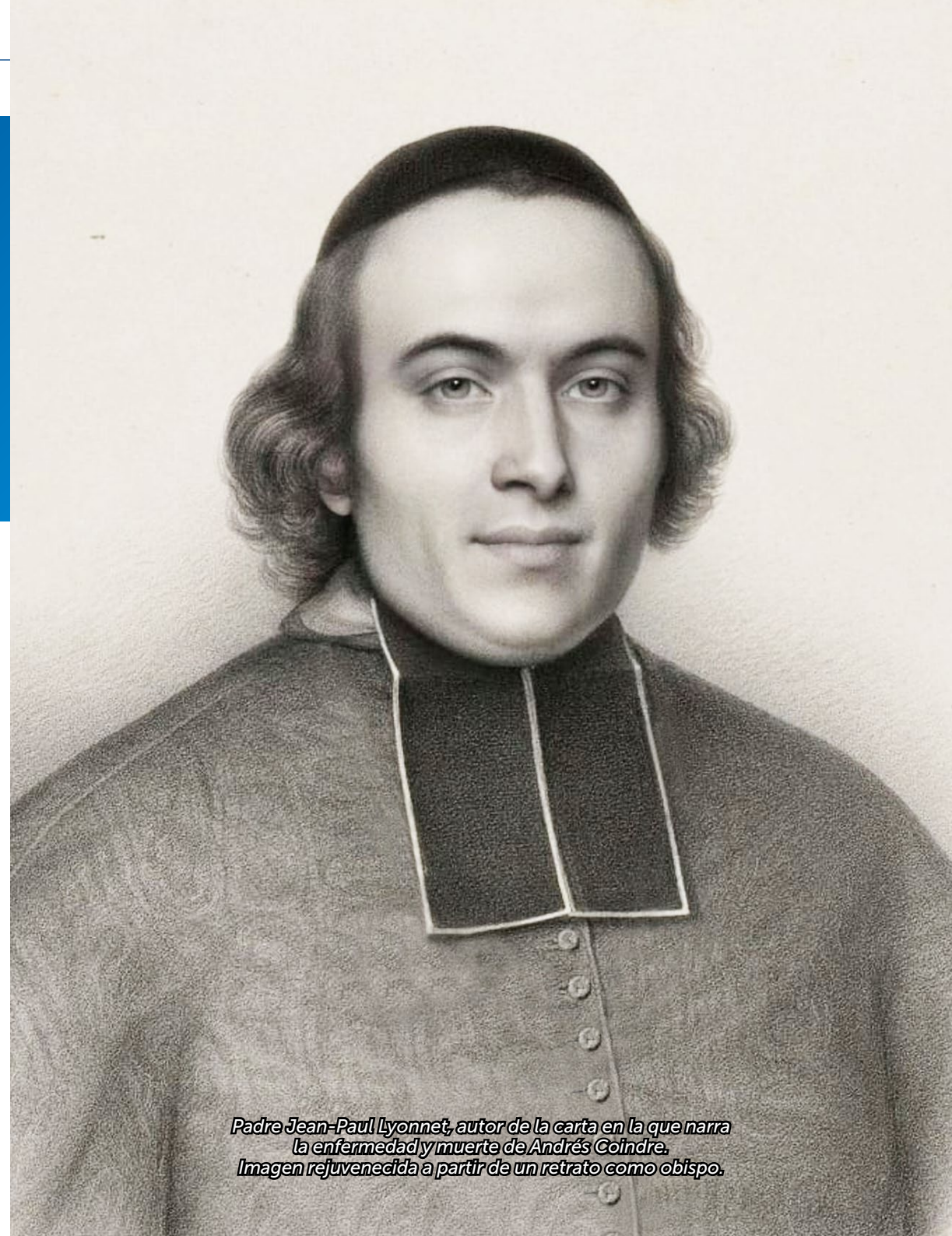
LA NOTICIA QUE NO DEBIÓ SER

A continuación, vamos a analizar, párrafo a párrafo, la mencionada carta del Padre Lyonnet al Padre Cholleton, vicario general de Lyon. Es el primer testimonio escrito de la muerte de Andrés Coindre, así como el más directo y completo. Si lo deseas, puedes leer primero toda la carta de corrido, sin detenerte en los comentarios intercalados, y luego volver sobre los mismos; pero no la leas a la ligera, dale el peso que tiene cada palabra. Sólo si llegas a comprender el dramatismo del texto, si empatizas con los sentimientos del autor, podrás comprender quién era el Padre Andrés Coindre para ellos y el peso de su repentina muerte.

Blois, 30 de mayo de 1826

Señor vicario general. Hace poco tiempo que tuve el placer de conversar de nuestra dicha común. Hoy tengo que anunciarle muy malas noticias. No quisiera dárselas, pero es mi deber hacerles partícipes y al mismo tiempo buscar consuelo acudiendo a ustedes. Monseñor (el obispo), no puede daros la noticia porque salió esta semana para la visita pastoral.

Recordemos simplemente que el Padre Andrés Coindre, aunque estaba viviendo en Blois y había pasado antes varios años en la diócesis de Le Puy, seguía incardinado en Lyon, por lo que correspondía notificar de su deceso a



Padre Jean-Paul Lyonnet, autor de la carta en la que narra la enfermedad y muerte de Andrés Coindre. Imagen rejuvenecida a partir de un retrato como obispo.

las autoridades de dicha arquidiócesis y que, por una compleja situación³, el poder real lo tenía Jean Cholleton (1788-1852), vicario general y, hasta 1825, encargado de las comunidades religiosas. Era coetáneo del Padre Coindre y seguramente se conocían muy bien.

Por otra parte, recordemos que el autor de la carta es el joven Padre Jean-Paul Lyonnet (1801-1875), uno de los tres directores del seminario mayor de Blois (más adelante llegaría a ser obispo y a participar del Concilio Vaticano I; en el anexo final se pueden encontrar algunos datos más sobre su vida). En ese momento tenía veinticinco años y era unos trece más joven que Coindre y Cholleton, a quienes debía conocer muy bien y considerar figuras de autoridad tanto por la diferencia de edad como por los cargos que habían alcanzado. No sabemos cuál era “la dicha común” sobre la que habían hablado, pero el comentario puede dar cuenta de cierta familiaridad entre ambos.

Por último, el obispo ausente por estar en visita pastoral, es Monseñor Philippe-François de Sauzin, quien había llevado a Coindre a Blois. No sabemos por qué medio se le notificó de su muerte.

El Señor Coindre desde el diez del corriente ha estado muy raro; no venía ya más al recreo con nosotros, nada más salir de un ejercicio se recluía en su habitación. Hemos pretendido en vano averiguar la causa de un cambio tan repentino. Pensábamos que el Señor Dufêtre le habría traído malas noticias de Lyon o bien que preparaba un sermón para el día de Pentecostés. En la víspera de esta festividad, para la repetición de la oración nos hizo un sublime discurso sobre la voluntad de Dios y la creación del mundo, el coro de los ángeles y el reino del Espíritu Santo; terminó su disertación llorando y apenas pudo officiar la Santa Misa. Por la tarde, uno de los directores (el profesor de filosofía), ignorando cómo se hallaba, le pidió que dirigiera una pequeña exhortación: en efecto lo hizo, pero no nos habló más que del magnetismo, del iluminismo, del espíritu animal y de las sociedades bíblicas.

La primera observación de alguna conducta extraña, según Lyonnet, fue el miércoles 10 de mayo, veinte días exactos antes de su muerte. Antes de eso no encontramos ningún otro testimonio de un episodio similar, es decir que el trastorno mental se manifestó por primera vez. Los primeros síntomas son de retraimiento.

Se hace referencia a Dominique-Augustin Dufêtre (1796-1860), sacerdote lionés y amigo íntimo del Padre Coindre, con quien predicó muchas misiones entre 1819 y 1821. Luego se trasladó a Tours, localidad distante 60 km de Blois, donde fue nombrado vicario general en 1824 y permaneció hasta 1842, cuando se lo designó obispo de Nevers. Mantenía un contacto muy cercano con Andrés Coindre y por eso la hipótesis de que le podría haber traído noticias preocupantes de sus congregaciones o de su familia en Lyon.

La víspera de Pentecostés fue el sábado 13 de mayo, podemos suponer que su discurso estaba destinado a los seminaristas y profesores y que tuvo lugar en la mañana temprano, pues fue antes de la misa y en esa época el ayuno eucarístico debía ser absoluto y estricto hasta la comunión, por eso las celebraciones solían ser siempre matutinas. Aunque se lo describe como “sublime”, el estado emocional de Coindre al terminar no era normal. Al retraimiento sumamos un segundo síntoma: una emocionalidad descontrolada, una sensibilidad que le llevaba al llanto sin aparente motivo. De los temas del coloquio, vale la pena destacar dos: la voluntad de Dios y el reino del Espíritu Santo; veremos cómo aparecen de manera recurrente antes de su muerte.

Como ya hemos dicho, el seminario de Blois contaba con tres directores por debajo del superior, que era Coindre. Estos eran Dormant, Clare y el propio Lyonnet; con certeza éste último se refiere a uno de los otros dos. Si desconocía el estado del Padre Coindre probablemente sería por haber estado ausente en la Eucaristía matutina. Con seguridad este director esperaba que la exhortación a los seminaristas fuera sobre el Espíritu Santo, sin embargo, Coindre “no habló más que del magnetismo, del iluminismo, del espíritu animal y de las sociedades bíblicas”. Se desprende de la redacción que eso no era lo esperado y que llamó la atención de todos. Tercer síntoma: una desconexión con la realidad e ideas delirantes.

Sin embargo, estos temas probablemente tenían mucho sentido en la mente de Andrés. El “magnetismo” explicaba de manera racional el funcionamiento del cosmos, sin necesidad de apelar a Dios, por lo que era un arma utilizada por los iluministas. El “espíritu animal”, teoría filosófica nacida en Grecia en el siglo I y que Descartes retomó en sus escritos en el siglo XVII, tenía por objetivo explicar las causas del comportamiento humano de manera exclusivamente racional: otra arma del iluminismo. Finalmente, las “sociedades bíblicas” eran grupos protestantes que imprimían y distribuían las Sagradas Escrituras, estaban en conflicto con la Iglesia católica por el uso de la lengua

vernácula y la exclusión de los libros conocidos como “deuterocanónicos”, choque que tuvo su momento más álgido justo entre 1820 y 1827.

Como queda patente, lo que Andrés Coindre estaba intentando hacer era esgrimir una defensa de la religión frente a los ataques de sus enemigos. Más adelante otros datos confirmarán esta lectura. Proseguimos con la carta:

Al día siguiente asistió a los oficios de la catedral con síntomas de gran enajenación, con raras actitudes. El médico del obispo que lo observaba le dijo a uno de sus vecinos: “He ahí un hombre que no está en su sano juicio”. A la salida de la misa garabateó no sé cuántas hojas para explicar cómo el sonido de los instrumentos que acababa de escuchar golpeaba a su oído. A la salida de vísperas se acercó a decir a monseñor, confidencialmente y como delegado de lo Alto: “Monseñor, el Padre Eterno ha reinado cuatro mil años, el Hijo mil ochocientos, ahora va a comenzar el reino del Espíritu Santo, que pronto debe encarnarse”. Monseñor, sorprendido y extrañado, se preocupó por calmarlo y le aconsejó que emprendiera un viaje a Tours para disipar sus ideas. Ese día yo había ido a reemplazar a un sacerdote enfermo. A mi regreso, el Señor Clare, me solicitó que fuera a ver qué le pasaba al superior. Fui inmediatamente y le dije: Padre superior ¿está usted cansado? “No”, me respondió. ¿Hay algo en el seminario que le preocupa? “No”. ¿Le causan algún disgusto sus congregaciones? “No.”

Ya estamos en el domingo 14 de mayo, fiesta de Pentecostés. No se nos describen las “raras actitudes” y los “síntomas de gran enajenación”, pero debieron ser lo suficientemente claros para que el médico del obispo, que no había sido testigo de los episodios del día anterior, se diera cuenta sólo con verlo en la oración y en la misa.

Luego aparece otro síntoma más: las ideas fijas. En circunstancias normales ninguna persona dedicaría páginas y páginas a escribir sobre el impacto del sonido en su oído. La palabra “garabatear” nos indica, además, que no se trataba de una escritura prolija y ordenada, sino más bien frenética, rápida.

El episodio recién relatado debe de haber ocupado buena parte de la mañana; después el relato prosigue de tarde ya que se menciona la oración de vísperas. Tanto el tono confidencial con el que se dirige al obispo, Monseñor de Sauzin, como el contenido de lo que dice revelan que el superior del se-



Catedral de San Luis, en Blois, la última vez que Andrés Coindre concelebró misa allí fue el domingo 14 de mayo de 1826.

minario no está bien, delira. Notemos que nuevamente aparece la mención al “reino del Espíritu Santo”. Cuando el obispo le aconseja ir a Tours es para visitar a su amigo Dufêtre, ya que piensa que le hará bien su compañía y un poco de descanso. Es evidente que no tiene la más mínima idea de cómo tratar a una persona con los síntomas del Padre Coindre.

El Señor Clare que se menciona es, como ya dijimos, otro de los directores del seminario. Probablemente le pide a Lyonnet que vaya a hablar con Coindre porque habría una mayor confianza entre ambos, tal vez por ser originarios de la misma ciudad. Lyonnet lo ve mal, pero no hay nada externo que parezca afectar al superior: ni el cansancio, ni el seminario, ni sus congregaciones.

El lunes salió para Tours. Nadie sabía aún el motivo de su viaje, excepto yo y monseñor, quien me lo dijo hacia las once de la mañana. Cuando salía le dijo al joven que había llevado de Monistrol: “No se extrañe si me vuelvo loco, pero eso no durará más que hasta el día

28". Llegado a Tours le hizo al Señor Dufêtre escenas realmente horribles. Pienso que le llegarán los detalles por otros conductos. El Señor Dufêtre aprovechó un momento de lucidez para enviarnoslo el día 18 de este mes.

El viaje comienza al día siguiente, lunes 15 de mayo, con una actitud de secretismo por parte de Lyonnet y del propio obispo, que seguramente no saben explicar qué le está pasando a Coindre y que no quieren causar alarma entre los profesores y seminaristas.

No sabemos quién es "el joven que había llevado de Monistrol" que se menciona, tal vez un joven que hubiera querido marchar con el Padre Coindre para ingresar en el seminario de Blois o alguien que él llevó para realizar algún oficio allí. Sin duda parece que el Padre Coindre le tenía cierta confianza, pues le hace depositario de su extraña premonición.

Aquí aparece un elemento de muy difícil comprensión, ¿es consciente el Padre Coindre de sus propios desvaríos en aumento?, ¿predice que va a empeorar?, ¿cómo sabe que dos semanas después se mejorará?, ¿es sólo casualidad que efectivamente haya sido así o hay algo sobrenatural en esto? Lo que podemos deducir es que la fecha señalada por Andrés no era casual ya que el 28 de mayo era el domingo de Corpus Christi. Vamos a ver más indicios de que su delirio tiene matices místicos.

No sabemos qué "escenas realmente horribles" le hizo Andrés a su buen amigo Dufêtre. Da la sensación de que Lyonnet no las quiere dejar por escrito para preservar su memoria. En Tours no pueden sostener la presencia de Coindre más que unos pocos días y el jueves 18 lo mandan de vuelta a Blois, en un momento en el que parecía estar más sereno.

De vuelta a Blois, al entrar en el seminario, parecía con un aspecto más calmo, me abrazó de un modo conmovedor, me manifestó que se hallaba en muy mal estado. Después de algunas horas de tranquilidad recayó en una demencia casi continua. No hablaba más que de los designios divinos, de los grandes ataques a la religión, del magnetismo; de los sacrificios y de las inmolaciones que debemos a Dios. Quería inmolarse él mismo o uno de sus guardianes por la salvación del género humano. Dispuse que se le dieran todos los cuidados posibles. Envié seminaristas para que lo cuidaran día y noche. Durante la semana tuvo algunos momentos de lucidez y me pidió que lo confesara. Lo atendí.

El relato continúa con lo sucedido el 18 de mayo, probablemente por la tarde o noche. Seguramente ese "abrazo conmovedor" no era propio de Andrés o de la forma de trato de la época y por eso Lyonnet lo registró especialmente; nuevamente surge esa emocionalidad desbordada. También aparece, una vez más, la conciencia de su condición; debe haber sido muy difícil para Andrés, un hombre brillante, ser consciente de su propio deterioro emocional e intelectual.

Recae en la demencia, su mente frenética y delirante mezcla los temas, encuentra entre ellos conexiones imposibles, hay ideas fijas como los ataques a la religión... pero hay un nuevo elemento que no debemos pasar por alto: "No hablaba más que (...) de los sacrificios y de las inmolaciones que debemos a Dios. Quería inmolarse él mismo o uno de sus guardianes por la salvación del género humano." Sí, entendamos bien lo que está describiendo Lyonnet: Andrés Coindre cree que alguien debe morir para cumplir con un sacrificio que, a semejanza del de Cristo, produjera la salvación de la humanidad. Quería quitarse la vida ("inmolarse") pensando que con eso iba a hacer la voluntad de Dios o, si no podía hacerlo él, pensaba que podría sacrificarse alguno de sus "guardianes". El delirio comienza a producir ideas suicidas, pero con el objetivo de agradar a Dios y salvar a los hombres. Andrés desvaría, sí, pero en su desvarío sigue amando a Dios y al prójimo con todas sus fuerzas. Ha perdido la cordura, pero no la fe ni la caridad.

Hay otro elemento fundamental en el mismo sentido: en un momento de lucidez Andrés pide la confesión. Su mente le falla, pero no su amor a Dios y su deseo de estar íntimamente reconciliado con Él. Aunque su muerte haya sido horrible, no debemos tener miedo de decir que murió en estado de gracia o que, al menos, él hizo todo lo posible para estarlo.

Hemos mencionado al pasar la palabra "guardianes", sin darle mayor importancia, pero era tal el estado de Coindre que Lyonnet se dio cuenta de que no podía dejarlo solo y mandó a algunos jóvenes seminaristas que lo acompañaran día y noche. Incluso el siguiente párrafo que leeremos de la carta deja en evidencia que el superior estuvo atado; no sabemos ni cuánto tiempo ni con qué medios, pero la camisa de fuerza fue inventada en Francia por el tapicero Guilleret en 1790 y su uso se extendió a comienzos del siglo XIX.

Vamos a completar en este momento la información que nos brinda la carta del Padre Lyonnet, con un detalle que surge de otra carta, fechada el

día siguiente y cuyo autor es el Padre Guillois, vicario general de Blois. Esta segunda carta es similar en contenido, pero más formal y breve, porque es una comunicación oficial y no una misiva personal como la de Lyonnet. En este documento que ahora mencionamos, Guillois afirma que “no hubo otra solución más que hacerlo tratar en el hospital”. Es decir que, en vista de su estado, decidieron que el superior ya no podía ser tratado adecuadamente en el seminario, sino que necesitaba atención médica continua y por eso es trasladado al hospital, un antiguo monasterio benedictino, donde varios seminaristas se turnaban para cuidarlo. Esta situación se prolongó por unos nueve días, del 18 de noche o 19 de mañana al sábado 27 de mayo.

Volvemos a la carta de Lyonnet. El siguiente párrafo es muy extenso, por eso, sin omitir nada, lo vamos a dividir en tres para poder comprender mejor el relato.

En fin, el domingo de Corpus, el 28 tan esperado, volvió a recuperar su razón casi por completo. Me hizo llamar. Fui y le anuncié su liberación. Me pareció que se sentía cómodo. Durante el día se paseó por el jardín; se lo desató con el consentimiento de los médicos, se le cambió de apartamento, porque él creía que su antigua habitación le traía la maldición.

Tal y como lo había afirmado dos semanas antes, Andrés parecía estar mucho mejor justo en el día predicho e hizo llamar a Lyonnet, quien fue a verlo. Lo encontró tan bien que le concedió la “liberación”: se lo desató y le permitieron pasear libremente por los jardines del hospital. Pidió cambiar de habitación y se le concedió, aunque el relato deja entrever que era un pedido irracional.

Esta mejoría presagiaba grandes tormentas; la noche siguiente fue tremendamente penosa. Ayer durante todo el día no dijo casi ni una palabra. Hacia las nueve de la noche, pidió agua del Loira, porque decía que la inteligencia divina había descendido en ella. Después de esto hizo apagar todas las luces y simulaba dormir. Los cuatro hombres que lo vigilaban creyeron que dormía. Hacia la una y media de la mañana se levantó suavemente, abrió la ventana y se precipitó al vacío. Un seminarista que se despertó por el ruido que el padre hizo al abrirla, se levantó rápidamente y lo agarró de la camisa, la que se rasgó. El joven estuvo a punto de ser arrastrado.



Llegamos al momento más significativo de la narración: la muerte de Andrés Coindre. A una noche “tremendamente penosa”, aunque no sabemos exactamente a qué se refiere, le siguió un día, el lunes 29 de mayo, en un estado de mutismo y aislamiento hasta la noche. Entonces reaparece el delirio con características místicas: pide agua del río Loira, que atraviesa la ciudad de Blois y está a escasos 70 metros de la puerta del hospital, “porque decía que la inteligencia divina había descendido en ella”. No sabemos si le concedieron este último deseo.

Después de eso, a entender de Lyonnet, realizó una estratagema para poder terminar con su vida: “hizo apagar todas las luces y simulaba dormir” para engañar a “los cuatro hombres que lo vigilaban”. La carta del Padre Guillois también confirma esta idea: “Se precipitó desgraciadamente de la habitación en que se lo cuidaba, después de haber engañado a los jóvenes seminaristas que lo cuidaban”. La cantidad de detalles que nos brinda Lyonnet sobre el momento de la muerte ayudan a creer en la veracidad del relato: la hora, el ruido de la ventana, la camisa de dormir que se rasgó... y el cuerpo que cae al vacío. La muerte fue instantánea. Eran las primeras horas del martes 30 de mayo de 1826.

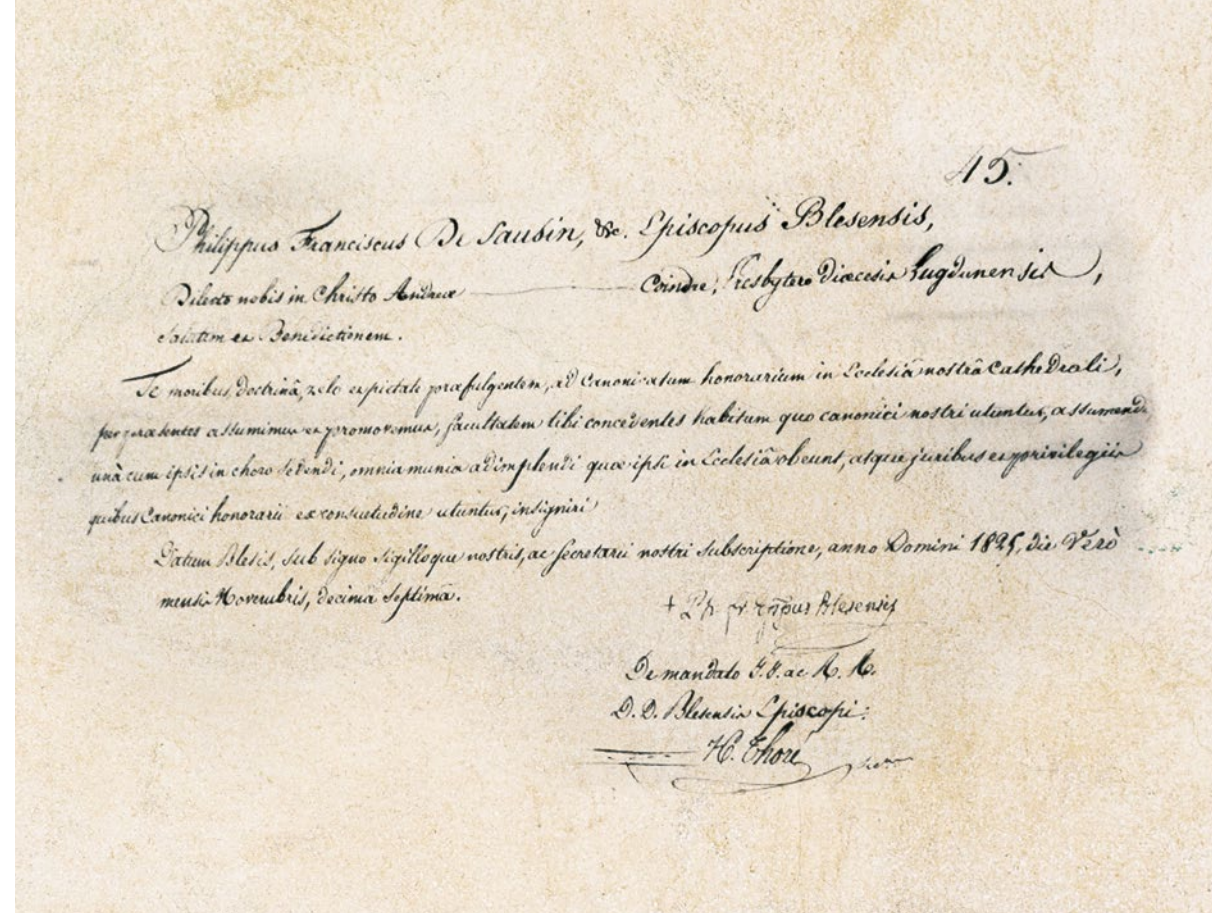
En dos segundos se ha terminado una vida toda ella consagrada a la gloria de Dios. Comprenda nuestra triste situación. Nuestro estado de ánimo es desolador. Realmente necesitamos consuelo en medio de tanta desgracia. No nos olvide en esta penosa circunstancia. Esta enorme catástrofe repercutió en Blois y no dudo de que pronto se hable de ella en toda Francia.

Lo más importante de estas líneas es que nos ayudan a dar verdadera dimensión a la figura de Andrés Coindre y el efecto que tuvo su muerte. Las palabras de Lyonnet son contundentes: "triste situación", "estado de ánimo desolador", "necesitamos consuelo", "tanta desgracia", "penosa circunstancia", "enorme catástrofe..." No sólo han perdido a un sacerdote más o a un superior, sino a un hombre excepcional con "una vida toda ella consagrada a la gloria de Dios". ¿No son esas las palabras para describir a un santo?

La carta continúa con otro extenso párrafo que vamos a presentar separado en cuatro partes. Todo él es muy importante porque ya no se trata de un relato de hechos, sino de un intento de explicación de los mismos. Apenas han pasado unas horas de todos estos sucesos y seguramente en el seminario no se ha hablado de otra cosa en todo el día, de modo que se comienzan a elaborar diferentes teorías sobre lo sucedido. Están claros los hechos, pero necesitan entender el por qué para que tenga alguna lógica; lo más difícil de aceptar es aquello que no tiene ningún sentido.

¿A qué atribuir esta horrorosa enfermedad en este hombre que parecía poseer una gran fuerza de carácter, que había triunfado en las mayores dificultades, que decía a nuestros seminaristas que no tuvieran miedo ya que él había soportado cuanto se puede enfrentar en la vida? Aquí todo le sonreía. Decía a todos que era el hombre más feliz. Hace tres semanas solamente le decía a monseñor que se hallaba como en su centro y en su elemento. Le habíamos prometido volver el año próximo con el consentimiento de nuestros superiores. Monseñor acababa de nombrarlo canónigo titular. Todas sus solicitudes eran escuchadas y sus deseos cumplidos. Dos días después de su nombramiento llega el mal.

Lyonnet comienza esta última parte de la carta destacando tanto las fortalezas personales de Andrés como las condiciones favorables de su entorno. Queda claro que no se lo consideraba como un hombre quejoso o deprimido, sino con una personalidad arrolladora, vital y saludable.



Nombramiento de Andrés Coindre como canónigo honorario:

Philippe-François de Sauzin, obispo de Blois,
nuestro amado en Cristo André Coindre,
sacerdote de la diócesis de Lyon, recibe mi saludo y mi bendición.
A ti, brillante en moral, erudición, celo y piedad,
te promovemos como canónigo honorario de nuestra iglesia catedral,
concediéndote la oportunidad de tomar el hábito que utilizan nuestros canónigos,
de sentarte con ellos en el coro,
de desempeñar todos los deberes que ellos mismos desempeñan en la Iglesia
y de distinguirse por los derechos y privilegios propios de los canónigos honorarios.

Dado en Blois, bajo nuestro signo y sello, y la firma de nuestro secretario,
en el año 1825, a diecisiete de noviembre.

A petición de I.I. y A.A. D.D. Obispo de Blois.
H. Choré

Pero para comprender perfectamente el texto hagamos dos pequeñas aclaraciones. Por un lado, la referencia a “volver el año próximo” puede deberse a que Lyonnet tenía en vista su traslado a Lyon y pensara concretarlo en breve, de modo que el año siguiente volvería con el permiso de sus superiores a visitar a Coindre en Blois, lo que sería una alegría para él.

Por otra parte, está lo relativo a su nombramiento como “canónigo titular” el 8 de mayo, dado que ya era “canónigo honorario” desde noviembre de 1825. Son términos generalmente desconocidos para nosotros, pero que en aquella época tenían su importancia. Un canónigo, hasta el día de hoy, es un miembro del “cabildo” de una catedral, un órgano colegiado que resuelve los diferentes asuntos de la misma (el cabildo sustituye la figura del párroco como autoridad máxima). En tiempos de Coindre los canónigos usaban un hábito especial y se reunían a rezar en el coro de la catedral, por lo que eran figuras públicas. El “canónigo honorario” no recibía ningún dinero ni tenía otras obligaciones, aunque podía usar el hábito y rezar en el coro, era más bien un reconocimiento a un sacerdote destacado; mientras que el “canónigo titular” era el que tenía todos los derechos y deberes del cargo. Lo que quiere indicar el Padre Lyonnet es que Monseñor de Sauzin le acababa de conceder un gran honor al Padre Coindre, muestra de la estima que le tenía.

Los médicos creen que la causa del mal era una gota depositada en el cerebro o un enclaustramiento demasiado opuesto a su temperamento o un estudio demasiado concentrado de una filosofía sistemática del magnetismo, de la enciclopedia que estaba analizando y en todo lo cual meditaba continuamente, o de “El Constitucional”, del que extraía párrafos que nos leía bastante a nuestro pesar en los recreos.

Se comprende que estas líneas fueron escritas después de haber conversado con los doctores que atendieron a nuestro fundador en el hospital. Éstos, sin tener idea real de qué mal aquejaba al Padre Coindre, elaboraron diferentes hipótesis.

La primera es la “gota”, nombre común de una forma de artritis caracterizada por dolores agudos, enrojecimiento y sensibilidad de las articulaciones, que se produce por exceso de ácido úrico. Hemos visto cómo Andrés menciona en una de sus cartas que sufría esta enfermedad y los médicos pensaban que este mal podía haberle afectado al cerebro.

La segunda hipótesis es que un hombre tan acostumbrado a predicar misiones y a ir de un lado a otro se encontrara demasiado encerrado en el seminario.

La tercera teoría es que se ha esforzado demasiado intelectualmente en sus intentos por defender a la Iglesia de los ataques de sus enemigos. En el fondo, es un testimonio más de la gran capacidad intelectual de nuestro fundador. Ya hemos explicado antes por qué “la filosofía sistemática del magnetismo” y la enciclopedia eran vistos como enemigos de la religión. Por su parte, *El Constitucional* era un periódico antimonárquico y anticlerical fundado en París en 1815 (recordemos que en aquella época la monarquía era sinónimo de protección a la Iglesia católica, mientras que la Revolución fue su enemiga mortal).

No deja de sacarnos una sonrisa la referencia a que les leía a los demás sacerdotes del seminario durante los recreos algunos artículos de *El Constitucional*, bastante a su pesar. Esto marca un rasgo muy humano de la personalidad de nuestro fundador, que debía ponerse un poco pesado con algunos de los temas que quería refutar.

Una conclusión que podemos extraer por el hecho mismo de que se presenten estas tres hipótesis, es que no se le está culpando al propio Coindre de su mal ni de su muerte. No se entiende que él, por propia voluntad y en uso de sus capacidades, se haya quitado la vida. Sino que ha sido víctima de un mal que no ha querido ni buscado y sobre el que no tenía control. Este concepto fundamental lo vemos también reflejado en la carta del Padre Guillois que afirma: “Sin duda alguna este trágico fin no nos deja ningún temor sobre su salvación eterna”. Dicho llanamente, no consideran al Padre Andrés Coindre un suicida. Testimonio de esto es que el mismo día de la carta de Guillois, el 31 de mayo, se da sepultura a Coindre en el cementerio común de Blois, cosa que no se hubiera hecho de considerar que estaban frente a un suicida.

Prosigue la carta...

Ayer realicé una revisión de los papeles que ha dejado. He encontrado más de doce carillas que había redactado hacía tres meses. No he osado leerlas por temor a perder la cabeza. Profundizaba en los misterios de nuestra santa religión, explicaba, tanto como podía, los secretos de la naturaleza. Si usted lo deseara yo se las enviaría, aun-

*Vestimenta de un canónigo:
birreta o bonete (sombrero),
sobrepelliz o roquete
(similar a un alba corta)
y esclavina o muceta
(prenda abotonada al frente
que cubre pecho y espalda).*



*Las Religiosas de Jesús-María
conservan en Roma
la esclavina que Andrés Coindre
utilizó como canónigo de Blois.*

que las distintas hojas tengan poca coherencia entre sí. Así llega a afirmar que ha sido castigado en su temeraria curiosidad: "He querido conocer todo y me he perdido". Gritaba de vez en cuando: "Scrutator divine majestatis oprimentur a Gloria" (El que escruta la divina majestad será aplastado por la Gloria).

Lo más probable es que la "revisión de los papeles" del Padre Coindre haya sido póstuma, hecho que parece confirmado al referirse Lyonnet a "los papeles que ha dejado". Llama la atención entonces que se afirme que esto sucedió el día anterior ("ayer"), dado que la carta está fechada el mismo 30 de mayo, fecha de la defunción. Puede ser un simple error de redacción o que, en vista del estado de nuestro fundador, se haya hecho una revisión de sus papeles personales estando él aún en vida.

Otra dificultad un poco más importante surge del hecho de que se afirme que las "más de doce carillas" habían sido escritas tres meses antes y su contenido pareciera ser sumamente incoherente (Lyonnet no las leyó "por temor a perder la cabeza"). Sin embargo, como ya hemos visto, conservamos cuatro cartas del Padre Coindre escritas en los meses precedentes, dos de ellas fechadas el 25 de febrero, fecha similar a la que se calcula que esas carillas habrían sido escritas, pero en las cartas no se ve ningún signo de desvarío. Tampoco se observan incoherencias en las cartas siguientes, incluida la última que está fechada una semana antes del comienzo de los síntomas que relata Lyonnet.

¿Podría Coindre haber escrito algo incoherente sobre los "secretos de nuestra santa religión" y "los secretos de la naturaleza" y, al mismo tiempo, escribir cartas coherentes sobre el gobierno de la congregación y un sinfín de cuestiones prácticas? Veo dos opciones: o lo escrito era en efecto incoherente, pero no tenía tres meses sino unos pocos días, o eran notas rápidas que a Lyonnet le parecieron incoherentes debido al contexto que estaba viviendo. Me inclino más por la primera explicación, que las hojas encontradas no tenían tres meses, porque la expresión de Coindre "he querido conocer todo y me he perdido" es congruente con un estado de deterioro mental y cierta conciencia de ello, como vemos que Andrés manifestó en varias ocasiones.

Y aquí complementa su relato Lyonnet con un recuerdo propio que podemos suponer viene a su mente por asociación con la frase anterior: "Gritaba de vez en cuando: 'Scrutator divine majestatis oprimentur a Gloria' (El que escruta la divina majestad será aplastado por la Gloria)."

Santo Tomás de Aquino, en un comentario a la Epístola a los Romanos de San Pablo emplea una frase casi idéntica. Es posible que el Padre Andrés hubiera leído dicho comentario y le hubiera impactado de tal manera esta frase que se sintiera identificado con la misma. Sin duda alguna, unida al “he querido conocer todo y me he perdido”, tiene un carácter de reflexión personal, casi de confesión. También llama la atención que se diga que “gritaba” la frase, dando más muestras de enajenación.

Se podría agregar a estas causas una especie de fiebre ardiente que ha afectado al mismo tiempo a varios sacerdotes misioneros en el país, los que se han desviado hacia similares extremismos. Monseñor (el obispo) se halla en la mayor desolación.

Finalmente, y un poco fuera de lugar, añade una cuarta hipótesis: la “fiebre ardiente”. Estas palabras son la causa más probable de que en varios escritos posteriores se haya descrito la condición de nuestro fundador como “fiebre cerebral”. Incluso en la *Positio* de Claudina Thevenet se habla de “fiebre tifoidea”, un diagnóstico nunca mencionado en ninguna otra fuente ni antes ni después.

Lyonnet afirma que “varios sacerdotes misioneros” estaban siendo afectados por el mismo mal. Sin embargo, no conocemos ningún registro de ello y hacer un rastreo de esos casos hoy parece imposible.

La referencia final al obispo suena un poco extraña en este párrafo, pero da cuenta de una carta bastante espontánea y sin corregir, lo que le añade credibilidad. Por otra parte, hace pensar sobre cómo podía Lyonnet conocer el estado de ánimo de Monseñor de Sauzin, que estaba fuera de la ciudad “en visita pastoral”. ¿Es posible que el mensajero que llevó la noticia al obispo también haya informado a Lyonnet sobre la reacción de aquél?

He aquí, señor vicario general, todo lo que tenía que informarle. Compréndanos, ya que somos muchos los que estamos abatidos. Ayúdenos con caritativas exhortaciones. No sabemos bien lo que debemos hacer. Por favor tenga la bondad de encargar a alguien que dé la noticia a la familia, no nos atrevemos a hacerlo nosotros mismos. Ruegue por el difunto y por nosotros. Tengo el honor, señor vicario general, de presentarle mis respetos; su muy humilde y obediente servidor.

Lyonnet, Dir. y (...)

Una vez más, lo que constatamos es el peso de esta muerte en todas las personas que querían y admiraban al Padre Coindre: “estamos abatidos”, “no sabemos bien lo que debemos hacer”, “ruegue por el difunto y por nosotros...”, así como el carácter paternal de la relación de Lyonnet con Cholleton, ya que busca en él consuelo y guía. Asoma además el miedo a comunicar la noticia a la familia y se delega esta incómoda responsabilidad en las autoridades de la diócesis de Lyon.

La firma, va seguida de la abreviatura “Dir.”, seguramente por “Director”, y falta una segunda abreviatura, que se cree que podría haber sido “Cons.” por “Consultor” u otra relativa a alguno de los cargos que desempeñaba.

A continuación, aparece una post-scriptum o posdata con una letra diferente, que es la propia de Lyonnet:

P. S.: Me he servido de la ayuda del subsecretario del obispado para escribir esta carta, la que le he dictado, porque mi estado de ánimo no me permitía hacerlo. Dejamos a su prudencia el cuidado de no revelar las circunstancias que parecen hacer más horrorosa esta muerte tan lamentable.

En definitiva, la carta del Padre Lyonnet nos deja algunas dudas, pero nos ofrece muchas más certezas; nos muestra la decadencia de un hombre enfermo, pero también la magnitud de su figura para sus contemporáneos; nos revela el lado más frágil de Andrés Coindre, pero también su humanidad, con la que podemos empatizar fácilmente. Aunque su muerte fue una “desgracia”, sin duda Dios tenía allí también una “gracia” reservada para nosotros.

Mirando ahora el pasado, viendo las vicisitudes que atravesó y atraviesa el Instituto, pero conscientes de que en medio de ellas seguimos siendo la presencia compasiva del Corazón de Jesús que Andrés soñó, podemos sentir el susurro de Dios que nos invita a la confianza: “Como el cielo se alza por encima de la tierra, así sobrepasan mis caminos y mis pensamientos a los caminos y a los pensamientos de ustedes” (Is 55, 9).

CAPÍTULO X

HISTORIA DE UN OLVIDO

La breve posdata de la carta del Padre Lyonnet envía un mensaje claro a su destinatario: "Dejamos a su prudencia el cuidado de no revelar las circunstancias que parecen hacer más horrorosa esta muerte tan lamentable". O traducido: no cuente la forma en que murió Andrés Coindre.

Esta idea de mantener en secreto las circunstancias del deceso parece haber sido algo acordado por todos los actores que se encontraban en aquel momento, pues la carta del Padre Guillois incluye también una posdata con un mensaje similar:

P. S.: Tengo el honor de prevenirle que escribiré al Señor Coindre, su hermano, dentro de dos días, para comunicarle la pérdida que acaba de acaecerle, pero no le hablaré de las deplorables circunstancias que la han acompañado por lo que le pido no hacérselas conocer.

Como vemos la intención original es no revelar las circunstancias de la muerte de Andrés ni siquiera a su propio hermano, Francisco Vicente, que también era sacerdote y colaboraba directamente en la obra del Pío Socorro en Lyon. Pienso que mucho menos habrán querido revelárselas a su madre y a su hermana. Pero, ¿qué motivó esta actitud? A primera vista hay un deseo noble de proteger a los familiares y evitarles un dolor extra, pero hay otro motivo, referido abiertamente en la carta de Guillois:

¡Ah! Sin duda alguna este trágico fin no nos deja ningún temor sobre su salvación eterna, pero se agrega a nuestro dolor, porque en cierto modo es un motivo de satisfacción para aquéllos que miran con ojos llenos de rabia a la religión, a sus ministros y entre ellos a aquéllos que la sirven con más celo y éxito.

Lyonnet ya había apuntado en el mismo sentido: "Esta enorme catástrofe repercutió en Blois y no dudo de que pronto se hable de ella en toda Francia". Por tanto, no sólo se quiere proteger a la familia Coindre o a sus congregaciones, sino, además, evitar un escándalo y dar armas a los enemigos de la Iglesia. Aunque el propio Guillois escribe que "su salvación eterna no está en duda", es preferible no darle publicidad al asunto.

Entonces, ¿conoció la familia de Andrés la forma real de su muerte?, ¿lo supieron los primeros hermanos? A ciencia cierta no lo sabemos, pero pienso que su hermano y sus congregaciones sí lo habrán llegado a saber de una manera o de otra. El propio hecho de no querer profundizar ni abordar el tema por muchos años es una indicación de ello.

En la historia del Instituto publicada por el Hermano Basilien Couderc en 1921 se afirma que "en su delirio el moribundo no hablaba más que de las almas que había que salvar, agitaba su rosario que besaba con unción" y sus últimas palabras habrían sido: "No hay más tiempo que perder, tengo que ir a confesar a ese desgraciado que va a morir en desgracia de Dios". Aunque el Hermano Basilien no menciona la forma de la muerte de Andrés Coindre, está claro que la conoce y que está intentando brindar una interpretación piadosa. Lamentablemente estas versiones y otras parecidas no son creíbles a la luz de las cartas de Lyonnet y Guillois.

Hablando de ellas, ambas cartas fueron conservadas en los archivos de los Misioneros de la Cruz de Jesús, aunque no sabemos bien por qué fueron a parar allí y no a los archivos de la arquidiócesis. Tal vez el Padre Cholleton, luego de leerlas, quiso informar a los compañeros de misiones de Andrés, para quienes era tan querido.

Pero el hecho relevante es que, en julio de 1929, el Padre Aubathie, capellán de nuestro colegio San Luis de Lyon (antiguo Pío Socorro) y archivista de los Sacerdotes de San Ireneo (nombre que adoptaron los Misioneros de la Cruz de Jesús), nos hizo una copia de las dos cartas. Gracias a eso, en torno a 1930, el Hermano Basilien escribió una nueva biografía del Padre

VIE
DU
PÈRE ANDRÉ COINDRE

FONDATEUR

DE



L'INSTITUT DES FRÈRES DU SACRÉ-CŒUR

ET DES RELIGIEUSES DE JÉSUS-MARIE

PAR UN FRÈRE DU SACRÉ-CŒUR



LYON

Librairie DELHOMME et BRIGUET

LE PUY

A l'Institut des Sœurs-Morts

1888

**En 1888 los Hnos. Eugène y Daniel publicaron la primera biografía del fundador.
En ella no se revelaba la forma en que había fallecido.**

Andrés Coindre en la que mencionaba dichas cartas y daba numerosos detalles contenidos en las mismas. Lamentablemente este escrito nunca se publicó, hasta que en 1983 se redescubrió el manuscrito y se hizo la primera impresión. En la segunda versión, el Hermano Basilien decía: "Hacia la una y media oyeron un ruido; se dirigieron precipitadamente a la habitación. ¡Desgraciadamente! fue demasiado tarde. El Padre Coindre se había levantado y en la caída había perdido la vida..."

En este período de más de cincuenta años entre que el Hermano Basilien escribió su segunda biografía de Coindre y que fuera publicada, apareció en Roma, en 1972, el libro Superiores Generales (1821-1859), donde el Hermano Stanislas Roux hizo oficial por primera vez el dato de la caída:

Hacia la una y media, mientras que sus vigilantes dormitaban, se levantó, abrió la ventana y, antes de que uno de los seminaristas, despertado por el ruido, pudiera retenerle, caía sobre el pavimento del patio interior. Falleció hacia las dos de la mañana del 30 de mayo de 1826, víctima de un celo al que no había sabido poner límites. Tenía treinta y nueve años.

¿Qué quiere decir todo esto? Que debieron pasar 146 años desde la muerte de Andrés Coindre para que se publicara, de una manera muy escueta, cómo había sucedido.

Y aun así, no fue sino hasta 1997 que se realizó una recopilación y estudio de todos los testimonios y relatos disponibles sobre la muerte de nuestro fundador; fue en el *Anuario N° 90* del Instituto donde el Hermano Jean-Pierre Ribaut publicó su artículo *En torno a la muerte del Padre Andrés Coindre*. Se trata de un texto completo, valiente y claro que ha sido indispensable a la hora de escribir estas líneas. En dicho artículo, 170 años después de la muerte del fundador, se dieron a conocer por primera vez, de manera directa y completa, las cartas de Lyonnet y Guillois. Recomendando a todo aquel que quiera profundizar en este tema su lectura.

Debemos pensar que para nuestros primeros hermanos el golpe no fue sólo la pérdida de su fundador y padre, sino que durante los siguientes quince largos años (de 1826 a 1841) la comunidad sufrió un continuo y doloroso declive bajo el gobierno de Francisco Vicente Coindre, hermano de Andrés. Este tema es sumamente interesante, aunque no es este cuaderno el lugar para abordarlo. Gracias a Dios, con la asunción del Hermano Policarpo como

tercer superior general (1841-1859) comienza la "época de oro" del Instituto y se retoma la senda del crecimiento. Sólo entonces, veinte años después de la fundación, el Hermano Policarpo encaró la tarea de recopilar todos los escritos de Andrés Coindre y se basó en ellos, parcialmente, para la redacción de nuestras *Reglas*. Gracias a esa iniciativa hemos podido conservar los documentos que hoy tenemos y que nos han permitido reconstruir su figura.

Pero, por otra parte, el legado del Hermano Policarpo fue tan potente que, con el correr de los años, eclipsó al fundador sin que fuera nunca su intención. Además, Hipólito Gondre, a diferencia de Andrés Coindre y de su hermano Francisco Vicente, fue un Hermano del Sagrado Corazón (hizo votos, vivió en comunidad, estudió magisterio, fue un educador...) por lo que pienso que nos resultó muy fácil identificarnos con él y tomarlo como modelo.

Creo que las Religiosas de Jesús-María deben haber atravesado un proceso similar: dieron preeminencia a Claudina Thevenet como modelo de vida y santidad, ya que había sido religiosa como ellas y habían gozado de su presencia muchos años, hasta su muerte en 1837. Sin embargo, supieron mantener viva la memoria del Padre Coindre y en sus escritos se referían a ambos como "el Padre fundador" y "la Madre fundadora". Esto cambió con el inicio de la causa de Claudina en Roma, que llevó a restringir la aplicación de este apelativo sólo a ella. Con su beatificación en 1982 y canonización en 1993 se terminó de consolidar el ensalzamiento de su figura y el retraimiento de la de Andrés.

En la mencionada *Positio* de Claudina Thevenet, publicada en 1981, se recogió una idea sobre la muerte del Padre Coindre que debía ser una tradición oral entre ellas y que debemos considerar:

En uno de esos momentos de expansión en los que la humildad y la generosidad se exteriorizaban a pesar de él, se le había oído expresar que había pedido a Dios morir en la humillación.

¿Se podría analizar el deplorable accidente, provocado por la fiebre, como la respuesta dada por Dios a la oración de su siervo?

Si bien la idea de pedir una muerte humillante podría ser congruente con algunas de las expresiones de Andrés Coindre en sus delirios finales, no se conoce ninguna otra fuente documental que la recoja. Por tanto, debemos entenderla más bien como un intento de explicación piadosa, similar a las otras que hemos visto.



Los Hermanos del Sagrado Corazón y las Religiosas de Jesús-María dimos preeminencia como modelo de santidad al Vble. Hno Policarpo y a Santa Claudina Thévenet respectivamente.

Saber que el Padre Coindre ha sido una personalidad casi olvidada por la historia, mientras otros de sus contemporáneos son muy reconocidos, me causa un poco de tristeza. Sin embargo, la Palabra viene una vez más a iluminarnos, pues Jesús dijo a sus discípulos tras un momento de gran éxito misionero: "No se alegren, sin embargo, de que los espíritus se les sometan; alégrense más bien de que sus nombres estén escritos en el cielo" (Lc 10, 20).

CAPÍTULO XI

EL DOLOR DE SUS HIJOS E HIJAS

Ya hemos leído las expresiones de dolor en la carta del Padre Lyonnet y podemos asumir que era compartido por todos los allí presentes. A pesar del poco tiempo que Coindre llevaba en el seminario de Blois, no cabe duda de que había alcanzado un enorme grado de admiración por parte de sus colaboradores y estudiantes. Pero nos interesa especialmente saber qué repercusiones tuvo en sus congregaciones este abrupto final.

La tercera de sus familias religiosas, los Misioneros del Sagrado Corazón de Monistrol, no dejó casi archivos tras su disolución en 1829, por lo que no sabemos cómo recibieron la noticia ni cómo reaccionaron. Aunque Andrés Coindre ya no era su superior en el momento de su muerte, sí había sido el inspirador y el motor de ese proyecto y todos los involucrados tenían un gran vínculo personal con él, por lo que cabe imaginar que habrá sido un duro golpe y que, en cierta medida, puede haber acelerado los pasos de su desmembramiento.

Tampoco conocemos a ciencia cierta cómo se informaron los Hermanos del Sagrado Corazón de la muerte de su fundador y superior. Podemos imaginarnos el desconcierto del Hermano Borgia que había recibido una carta suya hacía menos de un mes. Es muy probable que la noticia haya llegado por medio del Padre Francisco Vicente Coindre, ya que el Padre Guillois

anunció explícitamente que le iba a escribir el viernes 2 de junio. Ante esta triste noticia, los hermanos convocaron el segundo capítulo general del Instituto en Lyon para los días miércoles 14 y jueves 15 de junio de 1826. En las actas quedó registrado:

Nosotros, Hermano Borgia, director general de los Hermanos de los Sagrados Corazones de Jesús y María; Hermano Xavier, primer asistente; Hno Augustin, segundo asistente; Hermano Bernard, procurador general; Hermano Symphorien, inspector; Hermano Maurice, ecónomo; Hermano Gonzague, Hermano Ignace, Hermano Bonaventure, todos profesos.

Débiles mortales, bendecimos los impenetrables decretos de Dios. ¿Quién de nosotros pretendería penetrar en sus designios?

Nuestro digno padre superior acaba de sernos arrebatado el martes 30 de mayo pasado. ¡Ah! ¿Quién podría deplorar suficientemente esta pérdida? ¡Ya no tenemos a nuestro padre! Y les ha sido arrebatado a sus hijos espirituales, en el mismo momento en el que las circunstancias lo hacían más querido a nuestros corazones.

Contábamos... pero en vano... que el Cielo decidiera de otro modo. Sus días estaban plenos, su término estaba acabado y el escenario de los crímenes no debía contener más un tesoro tan exquisito. Si hay algo que pueda amenguar nuestro dolor es que, con toda seguridad, no seremos privados de volverlo a ver en la patria celestial. Reunidos un día, lo veremos triunfante, precediéndonos, cantando las alabanzas de Aquél que fue el único objeto de sus deseos, sus trabajos y sus preocupaciones. Víctima heroica del amor divino (nos lo arrebató el exceso de una tarea toda ella empleada en defensa de nuestra santa religión), lo veremos arder eternamente en aras del mismo amor. Nos ha hecho temblar la voz; tratemos de practicar exactamente sus santas orientaciones. No desmerezcamos de su espíritu de fe y de celo. El Señor bendecirá nuestros sencillos servicios y recompensará nuestras buenas obras con un céntuplo de gracias.

Gracias a este texto podemos realizar tres constataciones. La primera es que, a ojos de sus hermanos, Coindre vivió una vida totalmente centrada en Dios, "aquél que fue el único objeto de sus deseos, sus trabajos y sus preocupaciones..." Es decir, vivió la vida de un santo. En segundo lugar, ven su muerte

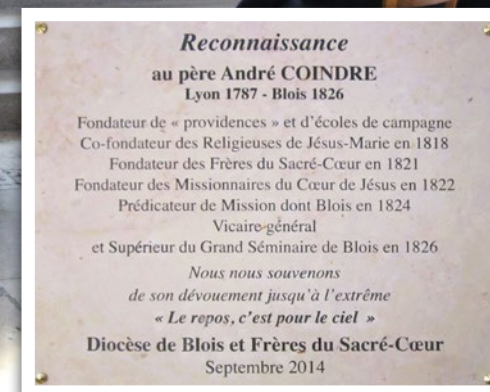
como el fruto de una entrega total: "Víctima heroica del amor divino (nos lo arrebató el exceso de una tarea toda ella empleada en defensa de nuestra santa religión)." Y finalmente, al igual que lo expresó el Padre Guillois, ellos también creen en la salvación eterna de su superior: "con toda seguridad, no seremos privados de volverlo a ver en la patria celestial. Reunidos un día, lo veremos triunfante, precediéndonos, cantando las alabanzas... lo veremos arder eternamente en aras del mismo amor."

El Hermano Javier, primer Hermano del Sagrado Corazón, ecónomo del Instituto en toda la etapa fundacional y hombre de extrema cercanía con Andrés Coindre, en sus *Memorias* trata el tema de manera extremadamente breve, pero deja consignados algunos sentimientos de la comunidad:

Dios, que reservaba la mayor prueba a esta comunidad naciente, les retiró su padre en el momento en el que tenían mayor necesidad de él. Fue el 30 de mayo de 1826 cuando murió. Esta muerte hundió a la comunidad en un gran abatimiento.

Finalmente, veamos algunos párrafos del *Memorial* de las Religiosas de Jesús-María, redactado por la Madre San Estanislao en 1854. Ella fue una compañera de primera hora de Claudina Thevenet y conoció sin duda al Padre Andrés Coindre. Iremos intercalando algunas explicaciones y comentarios.

(El Padre Coindre) Nombrado vicario general de la diócesis de Blois en 1825, fue convocado por el obispo de la diócesis para dirigir el seminario mayor. Se entregó con todo ardor a esta laboriosa tarea, pero pronto la enfermedad le obligó a suspender sus trabajos. Nos enteramos de esta infausta noticia a mediados del mes de mayo, inmediatamente iniciamos novenas y oraciones para obtener del Señor la prolongación de una vida tan preciosa, pero no fuimos escuchadas. La constitución física de nuestro buen padre, aunque aparentemente tan fuerte, estaba afectada desde hacía bastante tiempo a causa del exceso de trabajo al que se entregaba sin descanso. Al poco de su llegada a Blois le sobrevino una ardiente fiebre y aparecieron los síntomas de una enfermedad peligrosa que alarmaron a quienes le rodeaban. Algunos jóvenes seminaristas lo cuidaban continuamente. Asiduos cuidados, continuas oraciones, nada se omitió para retenerlo aún en esta tierra. Pero todo fue en vano. Dios nos lo arrebató para recompensarlo en el Cielo por todo lo que había realizado y sufrido por su gloria.



Placa en reconocimiento a nuestro fundador en la catedral de Blois:

Reconocimiento al Padre Andrés Coindre
Lyon 1787 – Blois 1826
Fundador de "providencias" y de escuelas rurales
Co-fundador de las Religiosas de Jesús-María en 1818
Fundador de los Hermanos del Sagrado Corazón en 1821
Fundador de los Misioneros del Corazón de Jesús en 1822
Predicador de misiones, entre ellas la de Blois en 1824
Vicario general y Superior del Seminario Mayor de Blois en 1826
Recordamos su entrega hasta el extremo
"El descanso es para el cielo"
Diócesis de Blois y Hermanos del Sagrado Corazón
Septiembre de 2014

Quiero señalar que las hermanas estaban bastante bien informadas, pues conocían “a mediados del mes de mayo” la condición de Coindre, cuyos primeros síntomas se registraron en torno al día 10 de dicho mes y se hicieron muy evidentes tras su retorno de Tours el día 18. Por otra parte, nos confirma que todo el mundo consideraba al Padre Coindre como un hombre fuerte y sano y que era generalizada la opinión de que trabajaba sin descanso por el Reino de Dios. Nuevamente se describe una vida de santidad ante la cual la muerte es la recompensa: “Dios nos lo arrebató para recompensarlo en el Cielo”.

Ignorábamos aún en Fourvière la desgracia que acababa de golpearnos. Desde que la noticia de la enfermedad nos había llegado en la casa se notaba un ambiente de tristeza que nada podía disipar. Todas nuestras madres, todas nuestras hermanas no hallaban consuelo más que en la oración. Nuestra Madre San Ignacio mostraba extrema aflicción. El día 30 este penoso estado se incrementó. “No sé lo que experimento -dijo- pero me parece que tengo el presentimiento de que ha acaecido una desgracia. Voy a anotar este día”. E inmediatamente escribió la fecha en su agenda (diario). Continuamos rezando; tres días más tarde tuvimos la triste certeza de que esos presentimientos no eran en vano, ya que una carta de Blois nos anunciaba la irreparable pérdida que habíamos tenido ese mismo día 30 de mayo.

En la primera línea se refiere a la comunidad de hermanas situada en la colina de Fourvière, casi enfrente del santuario de Nuestra Señora donde fuimos fundados. Allí las hermanas tenían un pensionado (para alumnas de pago) y una providencia (para niñas carenciadas). Hasta el día de hoy las hermanas conservan esa casa y en su capilla está sepultada Santa Claudina Thevenet.

Actualmente tenemos poca conciencia del extraordinario vínculo que unía a Andrés con Claudina: aunque menor en edad que ella, era su padre espiritual. Por eso, aunque todas las hermanas estaban afligidas, el dolor de Claudina era extremo. Dentro de ese vínculo especial, el día 30 de mayo sucedió un hecho difícil de explicar, podríamos considerarlo sobrenatural: Claudina tuvo la premonición de que algo grave había pasado. Este dato, junto con la predicción de Coindre de que el día 28 de mayo iba a recobrar la cordura, quedan a la libre interpretación de cada uno, pero parecen signos extraordinarios que no podemos explicar sólo con la razón.

Según cuenta la Hna. San Estanislao, el viernes 3 de junio de 1826 reciben una carta de Blois con la noticia, fechada el 30 de mayo. Lamentablemente no se la conserva ni sabemos quién fue su autor, ¿podría haber sido el mismo Padre Lyonnet? No hay ninguna noticia de una misiva similar dirigida a los hermanos.

¿Quién podrá expresar el dolor que se apoderó de nuestras almas y la inmensa desolación en la que cayó toda la comunidad? ¡Una familia naciente ya numerosa se encontraba privada de su jefe, de su sostén! ¡Cuántas cosas van a ser interrumpidas con esta muerte prematura!... La Sociedad de los Sacerdotes Misioneros no podrá tener continuidad. La redacción de nuestras Reglas en las que este buen padre trabajaba desde hacía tiempo quedará inconclusa...

Señor, ¿nos has abandonado y has retirado sobre nosotras los brazos de tu Providencia? Este pequeño rebaño, reunido a la sombra de vuestro santuario para trabajar a vuestra gloria; ¿va a ser dispersado por la tempestad? No, Señor, no lo permitas. Eres Padre y no golpeas a tus amados hijos más que para tenerlos más cerca y atraerlos. Ahora esperamos sólo en Ti. En nuestras penas sólo a Ti acudiremos...

Nuestras madres se refugiaron por completo en los brazos de la Divina Providencia, la que no les falló.

Dolor y desolación fueron las consecuencias de la noticia. Al ser un texto escrito en 1854, la autora ya sabe que la congregación de sacerdotes misioneros no progresó y lo achaca a la falta de su fundador, aunque Coindre hubiera dimitido como superior antes de su muerte. De ellas mismas dicen que sus *Reglas* quedaron inconclusas, de la misma manera que las de los hermanos, tarea que en nuestro caso tuvo que completar el Hermano Policarpo.

Llama la atención que no se menciona la congregación de los hermanos. ¿Habría sido por respeto al Padre Francisco Vicente Coindre que, tras haber terminado en malos términos con los hermanos en 1841, se desempeñaba como capellán de las hermanas en Fourvière en el momento en que se escribieron esas líneas?

El Sr. Cholleton, vicario general de la diócesis de Lyon, que ya en ausencia del padre fundador había cumplido el cargo de superior de la casa por orden de Monseñor de Pins, continuó dirigiendo con bondad a la naciente comunidad.



El Hno. Mark Hilton, superior de los Hermanos del Sagrado Corazón, y la Hna. Mónica Joseph, superiora de las Religiosas de Jesús-María, en la inauguración de un cuadro del Padre Andrés Coindre en la "capilla de retiros" de la iglesia de San Bruno de Lyon, con ocasión del Bicentenario de nuestra fundación.

La casa de Le Puy experimentó también de un modo particular la protección del Padre Celestial. Monseñor de Bonald quiso él mismo encargarse de comunicar la triste noticia que iba a destrozar el corazón de la Madre Gonzaga, superiora de la casa. Al mismo tiempo le dio la seguridad que tomaba a la comunidad bajo su protección y que él mismo sería su superior.

Estás muestras de bondad de la autoridad eclesiástica endulzaron nuestras penas sin amenguarlas.

En aquella época era normal que una comunidad religiosa femenina tuviera un superior sacerdote u obispo. Dado que Coindre rara vez se encontraba en Lyon, el Padre Cholleton ya ejercía una supervisión de la casa de las hermanas. En Le Puy fue el propio obispo, Monseñor de Bonald, quien asumió este rol paternal tras la muerte del fundador. En ambos casos queda en evidencia que las autoridades eclesiásticas tenían en alta estima a las hermanas y deseaban comprometerse personalmente para que pudieran salir adelante.

Durante más de tres meses la casa madre ofreció el aspecto de una familia en duelo. Religiosas, alumnas del pensionado, niñas de la providencia, todas, no podíamos retomar el valor necesario en tales circunstancias. Se percibía como si la muerte hubiera pasado por allí mismo: No más alegría, no más juegos bullangueros entre nuestras alumnas. Se hubiera dicho que el dolor de sus maestras era el propio de ellas.

Este último párrafo habla por sí solo. Pienso que, si lo leemos "en masculino", pensando en las casas de los hermanos, puede ayudarnos a comprender aquel escueto "gran abatimiento" con que el Hermano Javier resume el estado de nuestra comunidad. "Felices los afligidos, porque serán consolados" (Mt 5, 4).

CAPÍTULO XII

DEMOS LA
PALABRA A
LA CIENCIA

Es claro que en 1826 no se tenían los conocimientos suficientes sobre el cerebro y la mente humana para poder diagnosticar correctamente al Padre Coindre y mucho menos para tratarlo. Tal vez hoy en día, con la intervención médica adecuada, podría haber continuado su vida con bastante normalidad y tener muchos años más de fructífero servicio del Evangelio, especialmente en el acompañamiento de sus jóvenes congregaciones. Por supuesto, todo lo que podamos decir en este sentido es contrafáctico y, por tanto, una mera especulación. No obstante, haremos el esfuerzo de desentrañar, con la información disponible y el actual estado de la ciencia, cuáles podrían haber sido las causas de la repentina condición mental que lo llevó a una prematura muerte.

Antes de entrar de lleno en la cuestión, quiero señalar un punto que, por obvio, creo que nunca se ha considerado: ¿podría haber experimentado Andrés Coindre un auténtico fenómeno místico en sus últimos veinte días de vida? Ciertamente hay experiencias en las que la persona recibe mensajes de Jesús o de María e incluso puede verlos de manera corpórea, basta mencionar el ejemplo de Santa Margarita María Alacoque, que da origen a la devoción moderna del Sagrado Corazón y es tan significativa para nosotros.

Pero, ¿por qué siempre se descartó esta posibilidad en el caso de nuestro fundador? En su clásica obra *Las Tres Edades de la Vida Interior* de 1938, el

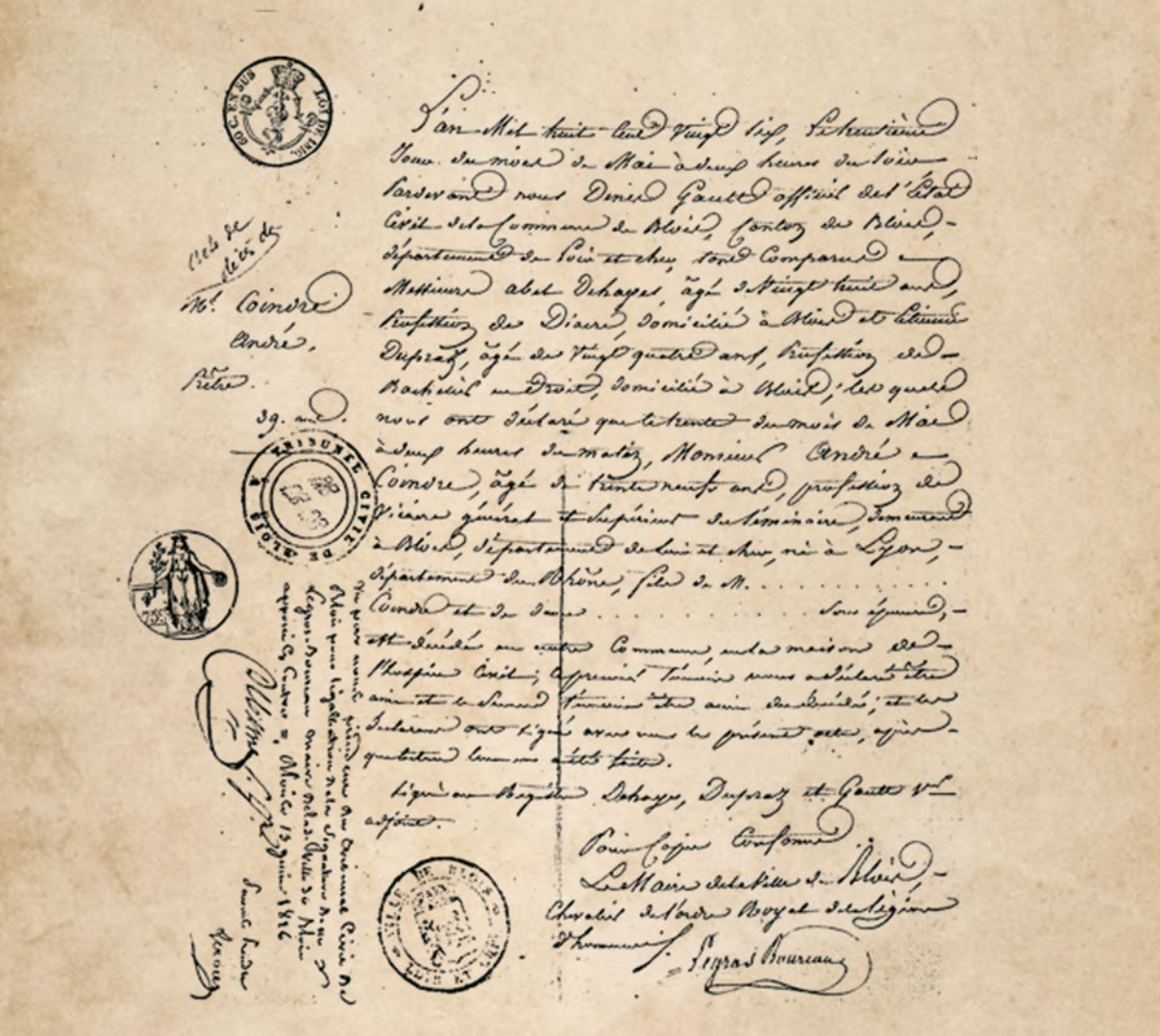
dominicano Réginald Garrigou-Lagrange dedica un capítulo a las “diferencias entre estos extraordinarios hechos divinos y los fenómenos mórbidos”. Allí establece tres clases de criterios para distinguir unos de otros: por parte del sujeto, de los fenómenos y de los efectos. Quiero simplemente señalar que, de acuerdo a este autor, la verdadera experiencia mística unifica al sujeto, lo centra en Dios, le da paz y le hace capaz de acometer grandes obras de manera muy práctica y organizada, pero con una fuerza y constancia que va más allá de lo que sería normal esperar; en cambio, cuando hay un desequilibrio mental la personalidad se fracciona, aparecen ideas fijas que absorben a la persona (incluido el suicidio) y resquebrajan su voluntad, se siente un profundo desasosiego y se es incapaz de concretar nada. A la luz de lo visto, debemos incluir a Andrés Coindre en el grupo de quienes padecieron o padecen “fenómenos mórbidos”.

Llega entonces el momento de intentar una aproximación a un posible diagnóstico científico, necesariamente precario, tanto por la falta de información y de contacto directo con el paciente, como por las propias limitaciones que aún hoy tienen las ciencias de la salud mental. Para las siguientes líneas he acudido al auxilio de cuatro personas sin cuyo aporte este capítulo no podría haberse escrito, ellas son: Hermano Leonel Cárdenas, estudiante de psicología en la Universidad Católica Argentina; Lic. Juan Ignacio Murtagh, psicólogo; Dr. Fernando M. Libenson, médico neurocirujano; y Dr. Mario Desiderio Giannoni, médico neurólogo y psiquiatra. Agradezco profundamente a los cuatro el tiempo dedicado generosamente a la lectura de los borradores de este capítulo y a sus devoluciones y aportes, así como al trato cordial y la gran apertura que han manifestado en todo momento.

Quiero partir de las palabras del Dr. Libenson y del Dr. Giannoni, pues creo que arrojan más luz que cualquier otra reflexión que pudiera escribir:

Considero que la especialidad médica más pertinente para consultar sobre las circunstancias de la muerte del Padre Coindre es más bien la psiquiatría. No obstante, me permitiré hacer algunas consideraciones al respecto.

En cuanto a la “incomodidad” (¿o vergüenza?) de sus contemporáneos y sus herederos espirituales al tocar el tema de la muerte de Andrés Coindre, asumimos que surge de la sospecha de que se trató de un suicidio, un acto voluntario contra la propia vida y, por lo tanto, para la fe católica, un pecado grave.



Copia oficial del acta de defunción del Padre Andrés Coindre fechada el 13 de junio de 1826:

En el año mil ochocientos veintiséis, el treinta de mayo a las dos de la tarde, ante Denis Gault, Secretario del municipio de Blois, cantón de Blois, departamento de Loir-et-Cher, ha comparecido Abel Dehayes, de veintiocho años de edad, diácono de profesión, domiciliado en Blois, y Étienne Dupraz, de veinticuatro años, licenciado en Derecho, domiciliado en Blois, quienes nos declararon que el treinta de mayo a las dos de la mañana, el Sr. André Coindre, de treinta y nueve años, de profesión vicario general y superior del seminario, residente en Blois, departamento de Loir-et-Cher, nacido en Lyon, departamento de Rhône, hijo del Sr. Coindre y de la Sra. ..., su esposa, ha fallecido en nuestro municipio, en el hospicio civil. El primer testigo se declaró amigo y el segundo testigo amigo del difunto; y los declarantes han firmado la presente acta con nosotros, después de habérseles leído.

Adicionalmente, imagino que el hecho de verse precedido esto por indicios de un "ataque de locura", podría haber inducido a alguien a sospechar una eventual posesión demoníaca, idea no infrecuente si consideramos la época en cuestión. Idea aún más aterradora por tratarse de una persona previamente apreciada como destinada a la santidad.

De todas maneras, la secuencia de los hechos descritos lleva más bien a concluir que se trató de una acción involuntaria, producto de quizás alguna enfermedad mental (un brote psicótico o alguna enfermedad orgánica presuntamente causante de enajenación).

Tal vez no debería descartarse un mero accidente, en un acto de sonambulismo o delirio, si bien los testigos se inclinan por una acción premeditada. Aunque el relato de tales testigos (los cuatro cuidadores) no sea plenamente confiable por encontrarse durmiendo y por haber dispuesto de unos pocos segundos para reaccionar.

De todas maneras, la psiquiatría actualmente considera que todo acto suicida se da en el marco de un estado de "alienación transitoria", es decir una suspensión temporal del "yo", o sea de la percepción de la realidad y del control volitivo/consciente de las propias acciones. Según este concepto, ya no se trataría de una acción voluntaria. Entonces, ¿puede ser pecado una acción cometida de manera involuntaria o inconsciente, o sea, sin disponer del libre albedrío?

Según lo relatado, son bastante evidentes los síntomas mentales premonitorios, como apatía ("retramiento"), inestabilidad emocional, delirio y ¿desinhibición? ("escenas horribles"). Si bien se vio alguna mejoría en los dos días previos al desenlace, no puede descartarse una causa orgánica, ni tampoco un brote psicótico puro, que puede experimentar oscilaciones en la evolución. Los testimonios de "acción premeditada" en los momentos previos a la caída no permiten a mi entender descartar que esto hubiese ocurrido en el contexto de delirio o desorientación.

Existen numerosas condiciones orgánicas médicas que pueden producir estados de enajenación mental, progresiva, permanente, transitoria u oscilante (como parece ser el caso). Mencionaremos a modo de ejemplo ciertos tumores cerebrales del área frontal, hematomas

crónicos, infecciones cerebrales como abscesos, meningitis o sífilis, algunas formas de epilepsia, trastornos metabólicos o repercusiones neurológicas de algunas enfermedades generales. La tifoidea se mencionó como posibilidad asociándola a la fiebre que había presentado, pero uno imagina a una persona con esa enfermedad como más bien postrada sin mucha capacidad física para movilizarse y arrojarse al vacío. No parece probable la gota como factor causal sino simplemente como una enfermedad asociada.

De todas formas, en numerosos casos se trata de enfermedades mentales agudas sin causa orgánica demostrable (psicosis). No me impresiona que se trate en el caso del Padre Coindre de un suicidio debido a una depresión reactiva (con causa identificable) o endógena (sin causa identificable), ya que no se describe en los relatos un estado de tristeza previa, abundando en cambio otros síntomas mentales. No me extenderé aquí ya que no es la psiquiatría mi especialidad.

De todas maneras y, en definitiva, al no existir ni haber existido entonces los medios de que disponemos ahora, ni haberse tampoco realizado autopsia, estimo que no puede concluirse cuál fue la condición que motivó la tragedia, pudiendo sólo limitarnos a establecer conjeturas.

Creo que únicamente podemos afirmar que la trágica muerte del Padre Coindre se produjo en el contexto de una grave alteración mental sin consciencia plena ni percepción de realidad y sin control de la propia voluntad.

Fernando M. Libenson
Médico neurocirujano
MP 29291

Podemos describir la situación del Padre Andrés Coindre en las tres semanas anteriores a su muerte como un "estado confusional agudo", hablamos de estado y no de episodio por su duración. Estos estados se caracterizan generalmente por desorientación temporo-espacial, lenguaje incoherente o confuso, excitación motriz, alucinaciones (principalmente visuales) y el hecho de no poder construir un delirio franco, es decir, que el paciente tiene en su interior una "tormenta

deliroide" de ideas que no llegan a concretarse en un delirio definido. Este tipo de cuadros se puede dar por causas orgánicas o psicopatológicas.

Las posibles causas orgánicas son muy numerosas y es imposible determinar una doscientos años después de su muerte. Seguramente no nos encontramos ante una enfermedad neurodegenerativa pues suelen desarrollarse con mucho tiempo, como sucedería en un caso de demencia senil, pero no antes de los cuarenta años y sin haber dado síntomas previos. Pero sí podría tratarse de un tumor cerebral de rápido crecimiento, un accidente cerebro vascular o incluso una alteración metabólica que produjera una descompensación orgánica.

Dentro de esta última posibilidad, tenemos el dato sugerente de que Coindre padecía de gota. Aunque algunos estudios señalan la incidencia de la gota en los procesos neurodegenerativos, otros lo niegan y hoy en día no es un diagnóstico de la neurología ni de la psiquiatría. Sin embargo, si el Padre Coindre padecía gota es probable que fuera hipertenso y que hubiera desarrollado con el tiempo una insuficiencia renal, que podría eventualmente haber desencadenado una intoxicación del propio organismo llevándolo al estado confusional descrito. Sin embargo, las neuropatologías de origen orgánico rara vez llevan a atentar contra la propia vida.

Por otra parte, podemos pensar que ese estado confusional agudo tuviera causas principalmente psicopatológicas. Y aquí debemos remitirnos a los rasgos que conocemos de su personalidad.

Vemos en él una vida de mucho compromiso, mucho deber y muchas actividades, lo que nos podría hacer pensar en una persona con un temperamento "hipomaniaco". La "hipomanía" se caracteriza por una aceleración del pensamiento y una actividad excesiva que no genera cansancio, sin perder contacto con la realidad (como sí sucede en la "manía"). Mucha gente muy creativa y productiva tienen esta característica y son muy valorados socialmente. Estos cuadros pueden permanecer así toda la vida, pero también pueden descompensarse hacia una manía franca o a una depresión profunda con o sin cuadro psicótico. El cambio en las condiciones de vida de Andrés Coindre podría haber determinado el pasaje de un estado de hipomanía a un

estado de depresión profunda con un episodio psicótico. Estaríamos ante un caso de bipolaridad o trastorno maniaco-depresivo.

En esta hipótesis es interesante considerar de manera lateral el caso de su hermano, Francisco Vicente Coindre. En los diferentes testimonios de su vida vemos conductas más claramente maniaco-depresivas: grandes proyectos que implicaban compromisos económicos imposibles de asumir, pero que a él se le hacían fáciles en el momento, alternados con etapas de aislamiento en las que no quería ver a nadie y era necesario sacarlo a pasear tomado del brazo. Si bien los trastornos familiares no son frecuentes, existen y tienen una base genética, aunque no hereditaria. Es posible que nos hallemos ante uno de ellos.

Pero sobre lo que me parece más importante hacer hincapié es sobre la pregunta de si su muerte puede considerarse un suicidio. Cuando una persona se encuentra en un estado como el de Andrés Coindre en sus momentos finales, el discernimiento está suspendido, así como el criterio de realidad; la persona actúa por impulsos, pero el libre albedrío no está presente. Incluso actualmente se considera que ningún suicidio concretado es voluntario, sino que se explican médicamente por un cuadro sicótico breve, brusco e inmanejable para el sujeto. Podemos concluir entonces que, independientemente de cuál haya sido la causa que lo llevó a esa situación, orgánica o psicopatológica, el acto de arrojarse "fue actuado" por la enfermedad, por una impulsión psicótica irrefrenable y no por una decisión libre de su voluntad.

Dr. Mario Desiderio Giannoni
Médico neurólogo y psiquiatra
MP 29937

En resumen, durante las últimas semanas de su vida, Andrés Coindre experimentó un estado confusional muy profundo que pudo haber tenido causas orgánicas (las cuáles es imposible determinar, dado que no se realizó autopsia) o puramente de tipo psicopatológico. En realidad, cualquiera fuera el origen, no cambia sustancialmente lo que nuestro fundador debió padecer ni la valoración que debemos hacer de su persona y obra.



Fajín que utilizó el Padre Andrés Coindre. Se encuentra en nuestros archivos en Roma y es la única prenda que los hermanos conservamos de nuestro fundador. Era una banda hecha de seda que se utilizaba para ceñir la sotana a la cintura.

Pero para intentar avanzar aún un poco más y ante la imposibilidad de realizar ninguna conjetura sobre un origen orgánico (más allá de las que ya enumeran los Doctores Libenson y Giannoni), podemos hacer un ejercicio de interpretación, como si el origen hubiera sido puramente psicológico o psiquiátrico. En esa hipótesis, según el *Manual diagnóstico y estadístico de los trastornos mentales (DSM-5)*, la situación de Andrés Coindre en sus últimas semanas podría identificarse como un "Trastorno psicótico breve" o un "Trastorno psicótico agudo y transitorio", según la *Clasificación internacional de enfermedades (CIE-11)*. Para la escuela francesa nos encontraríamos una "Psicosis delirante aguda" (Ey, Henri. *Tratado de Psiquiatría*, 8va. Ed.). Son diferentes nombres, pero todos describen la misma realidad.

Un trastorno psicótico breve es una ruptura con la realidad de forma temporal que se caracteriza, según el *Manual DSM-5*, por "delirios, alucinaciones, discurso desorganizado y un comportamiento muy desorganizado o catatónico".

En el caso de nuestro fundador, no tenemos testimonios claros de alucinaciones de ningún tipo. Dado el grado de detalle de la carta del Padre Lyonnet, pensamos que las hubiera descrito de haberlas identificado. En algunas versiones piadosas aparecidas bastantes años después, se dice que Coindre oía voces de penitentes que le llamaban para ir a confesar, pero esas alucinaciones auditivas no surgen en los primeros testimonios, por lo que debemos descartarlas. Tampoco vemos síntomas de estado catatónico: una rigidez o parálisis de origen mental.

Lo que sí se ve con claridad es que sufrió delirios, es decir, creencias o ideas falsas, incorregibles y sin coherencia. Esto encaja perfectamente con los testimonios de sus últimos días, ya que creía tener conocimientos ocultos sobre los planes divinos que sólo él conocía y que implicaban una inmolación, un sacrificio humano. Es importante tener claro que estos pensamientos delirantes son recurrentes, lo que significa que el paciente no se puede deshacer de ellos, al tiempo que les otorga una verdad incuestionable. Por decirlo de algún modo, los delirios persiguen al sujeto y no le dejan tener paz.

También vemos el síntoma del discurso desorganizado, posiblemente, en la alocución que se le pidió para la víspera de Pentecostés, así como en las páginas garabateadas sin coherencia del día siguiente al salir de la catedral. Además, es claro el comportamiento muy desorganizado descrito como "raras actitudes" o "escenas verdaderamente horribles".

Según el mismo manual los trastornos psicóticos breves pueden durar entre un día y un mes y posteriormente se retorna a la funcionalidad normal previa al episodio. No podemos saber si la situación de nuestro fundador era momentánea o iba a permanecer de forma crónica, pero teniendo en cuenta que no había un historial previo, me inclino a pensar en un estado transitorio. ¿Qué hubiera pasado si el 30 de mayo no hubiera fallecido?, ¿habría vuelto a la cordura en unos pocos días más? Nunca lo sabremos.

Muchas veces el factor desencadenante de este tipo de episodios es el estrés y el *DSM-5* propone dos categorías: con o sin "factores de estrés notables". Es decir si los síntomas "se producen en respuesta a sucesos que, por separado o juntos, causarían mucho estrés prácticamente a todo el mundo en circunstancias similares en el medio cultural del individuo". Estos sucesos podrían ser la muerte de un ser querido, un episodio de violencia, una catástrofe natural, etc.

En el caso de Andrés Coindre, ninguno de sus contemporáneos es capaz de identificar un factor externo que pudiera causarle un gran estrés. Incluso cuando Lyonnet le pregunta de manera directa responde que no, que nada le preocupa especialmente. Lo que sí podemos intuir es un período prolongado de estrés: Andrés fue siempre un hombre muy atareado, las palabras con las que se lo describía normalmente eran abnegado, entregado, infatigable... Manejar muchos temas al mismo tiempo no era algo nuevo para él, pero es posible que las nuevas circunstancias en que se encontraba hayan sido un elemento desequilibrante. Él mismo señala en sus cartas que tiene que repasar materias no vistas en años para poder enseñarlas y evaluarlas, tiene que adaptarse a un lugar nuevo, cambiar sus rutinas diarias, estar lejos de sus seres queridos y colaboradores habituales... Nosotros, en su lugar, ¿hubiéramos experimentado altos niveles de estrés?

Otro aspecto que define el *DSM-5* es que la gravedad de estos trastornos se clasifica "mediante la evaluación cuantitativa de los síntomas primarios de psicosis" experimentados en los últimos siete días, según una escala de 5 puntos: "de 0 (ausente) a 4 (presente y grave)". En nuestro caso, debemos observar lo sucedido desde el 23 de mayo en adelante... y creo que el estado de Andrés se calificaría como grave.

A todo lo dicho, el *CIE-11* añade que el trastorno psicótico agudo y transitorio, como se lo llama en esta clasificación, "se caracteriza por la aparición

aguda de síntomas psicóticos que emergen sin un pródromo”, es decir sin una señal o anuncio previo, como parece ser el caso de nuestro fundador. También afirma que los síntomas “alcanzan su máxima gravedad en dos semanas”, ¿podría explicar esto la mejora de Andrés del día 28 de mayo?

El CIE-11 suma algunos síntomas a los ya descritos; entre otros, “trastornos del afecto y el estado de ánimo”. Recordemos que Lyonet describe cómo terminó una celebración eucarística entre lágrimas y cómo le dio un abrazo “conmovedor”. El mismo manual añade que “los síntomas generalmente cambian rápidamente, tanto en cuanto a su naturaleza como su intensidad, de un día a otro, o incluso en un solo día”. Esta es otra pista valiosa, porque efectivamente vemos a Coindre cambiar de estado en pocas horas: alterna la enajenación con momentos de lucidez, como cuando se lo envía de regreso desde Tours o cuando pide la confesión.

Por otra parte, el Dr. Henri Ey en su *Tratado de Psiquiatría* añade que los temas místicos son frecuentes en estos delirios y “son a veces muy dramáticos”. “Estos estados pueden ser vividos tanto en un clima de angustia como con una tonalidad de ebria exaltación, una especie de embriaguez fantasmagórica semejante a los efectos de los tóxicos alucinógenos”. Realmente Coindre experimentaba de manera dramática aquello que creía: que estaba llegando el reino del Espíritu Santo, que era necesaria una inmolación humana, que la inteligencia divina había descendido en el agua del río Loira... En los veinte días de su trastorno lo vemos en momentos de “ebria exaltación” y otros que se asemejan más a la angustia.

En resumen, si descartamos la opción de un accidente (por improbable) y la de un origen orgánico (por la imposibilidad de avanzar en ese sentido) y nos centramos en la posibilidad de un origen psicopatológico, vemos que los síntomas que experimentó Andrés Coindre en sus últimas semanas de vida son bastante consistentes con un trastorno psicótico breve.

Pero debemos recordar una vez más que todo lo antedicho en este capítulo no puede ser tomado como definitivo. Hoy en día es imposible saber exactamente qué mal afectó a Andrés Coindre. Aunque creo que hemos presentado un avance importante, todas las puertas deben quedar abiertas ante avances médicos y/o futuros hallazgos sobre su muerte que permitan elaborar nuevas conjeturas.

Lo que queda claro es que, sea cual fuere su origen, la condición que padeció el Padre Coindre en sus días finales no tenía nada de voluntaria ni la había



De acuerdo a todo lo que sabemos, Andrés quiso ser fiel a Dios y actuar según su voluntad hasta el final de su vida.

provocado él de ningún modo, no podía curarse por sí mismo ni recibió la ayuda que hubiera necesitado. No tenía más control sobre su estado de salud que una persona que sufre diabetes, padece cáncer o experimenta un paro cardíaco. Es fundamental comprender que la salud mental no tiene que ver con la rectitud moral. Es más, de acuerdo a todo lo que sabemos, Andrés quiso ser fiel a Dios y actuar según su voluntad hasta el final de su vida.

Es probable que Andrés Coindre, consciente al menos de manera parcial de su estado, haya encontrado consuelo en sus últimos días en estas palabras de San Pablo: "Ahora vemos como en un espejo, confusamente; pero después veremos cara a cara. Ahora conozco todo imperfectamente; pero después conoceré como Dios me conoce a mí" (1 Co 13, 12)

CAPÍTULO XIII

TODO EMPIEZA Y TERMINA EN EL CORAZÓN

Al comenzar este cuaderno, habrás notado que la portada es la imagen de una cruz con una corona de espinas rodeando al corazón que está en medio. Cuando Andrés Coindre recorría los alrededores de Lyon con los Padres de la Cruz de Jesús (los llamados "Cartujos"), cada misión terminaba indefectiblemente con una misa solemne a la que asistía todo el pueblo y la erección de una cruz conmemorativa. Muchas de ellas se mantienen hasta el día de hoy y varias llevan en su centro el Corazón de Jesús con el que tanto se identificaba nuestro fundador.

Cuando los hermanos del consejo general quisieron dejar un signo físico del festejo del Bicentenario de nuestra fundación, en 2021, decidieron erigir una cruz al estilo de las de Coindre en los jardines que rodean la casa general en Roma. Para ello tomaron como modelo la de Saint-Germain-Laval, donde nuestro fundador y sus compañeros predicaron una misión del 14 de enero al 22 de febrero de 1818.

Lo que quiero destacar aquí es que la cruz colocada en nuestra casa general representa muchas cosas al mismo tiempo:

En primer término, la cruz siempre representa a Jesús y esta cruz en particular deja bien patente ese contraste entre el dolor (la cruz en sí con la corona de largas espinas) y el amor (representado en el corazón dorado que se



Miembros de la Comisión de Promoción del Carisma de Fundación (CPCF) junto a la cruz del Bicentenario del Instituto en la casa general de Roma.

ubica en el cruce de las dos dimensiones: vertical, hacia Dios, y horizontal, hacia los hermanos). Tal vez la palabra adecuada no sea "contraste", sino más bien "complementación" o "unidad" entre el dolor y el amor; pues Cristo nos enseñó que sólo el dolor vivido por amor tiene sentido y es redentor; así como que el amor, si es "hasta el extremo", lleva al dolor con, por y para los otros y lo atraviesa hasta llegar a la eternidad.

En un segundo aspecto, las cruces de misión no eran exclusivas de Andrés Coindre, sino que eran de todo el grupo misionero. Por tanto, son un signo de la Iglesia que sale al encuentro del hermano, que hace historia y que deja huellas. Tenemos constancia de sermones de fin de misión en los que Andrés predicó sobre la reconciliación y el perdón entre todos los habitantes del pueblo; las cruces, por tanto, eran también símbolos de la unidad de toda una comunidad creyente.

Pero lo que creo que nuestros hermanos del consejo general priorizaron a la hora de elegir este símbolo es su identificación rápida con el propio Andrés Coindre. Es así un testimonio de su paso fecundo por este mundo que, como el propio Jesús que "pasó haciendo el bien" (Hch 10, 38), estuvo marcado por el amor y por el dolor, incluso en una muerte ignominiosa como la que tuvo Cristo.

Y, finalmente, la cruz es un símbolo de nuestra comunidad, de nuestro carisma compartido, de todos los que caminamos juntos como hijos e hijas de Coindre en este tiempo de gracia del Bicentenario. Y aunque las cruces de misión nada tuvieran que ver directamente con las obras educativas de los primeros hermanos, hemos adoptado la cruz con el corazón en medio como un signo de nuestro carisma que llevamos y mostramos con orgullo.

Por todo esto, elegí esa imagen para la portada del cuaderno, porque allí está todo: la entrega absoluta de Cristo, la comunión de la Iglesia que nace de su Corazón abierto, la pasión de nuestro fundador, su vida y su muerte... y nosotros, que hoy encarnamos su carisma doscientos años después. Porque el mismo Jesús dijo: "El que quiera venir detrás de mí, que renuncie a sí mismo, que cargue con su cruz y me siga. Porque él que quiera salvar su vida, la perderá; y el que pierda su vida a causa de mí, la encontrará" (Mt 16, 24-25).

CAPÍTULO XIV

PREGUNTAS Y RESPUESTAS

Durante el proceso de escritura de este cuaderno, alguien me preguntó qué estaba buscando, cuál era mi objetivo al escribir sobre este tema. Pensé unos segundos y contesté: comprender. Los seres humanos tenemos no sólo la capacidad, sino la necesidad de comprender las cosas que pasan y nos pasan. Comprender es también una forma de dominar la realidad, de entender su estructura y de no sentirnos tan vulnerables en este mundo inmenso; por eso, en las diferentes ramas del conocimiento buscamos siempre la verdad. Una verdad que, como el bien, la belleza o el amor, no encontramos nunca plenamente en esta vida y sin embargo sentimos la urgencia de buscar. Aunque la fe es un abandono pleno y confiado en las manos de Dios, el propio magisterio de la Iglesia nos enseña que “la fe y la razón son como las dos alas con las cuales el espíritu humano se eleva hacia la contemplación de la verdad” (S.S. Juan Pablo II, *Fides et ratio*, 1998). Creemos y confiamos, sí, pero Dios también quiere que comprendamos.

En el caso de Andrés Coindre, necesitamos entender, comprender. No alcanzan los datos, es importante interpretarlos y darles un sentido coherente con el conjunto de su vida. No sé cuánto de verdad habrá en las líneas precedentes, pero son un intento de aproximación, un peldaño más de la escalera sobre el que otro podrá hacer pie y llegar más lejos.

Ahora, a modo de conclusión, quiero presentar mi respuesta personal a tres preguntas clave a la luz de todo lo escrito.

La primera y más acuciante de todas es ¿Andrés Coindre se suicidó? Creo que la respuesta es simple y compleja al mismo tiempo, porque es sí y no a la vez.

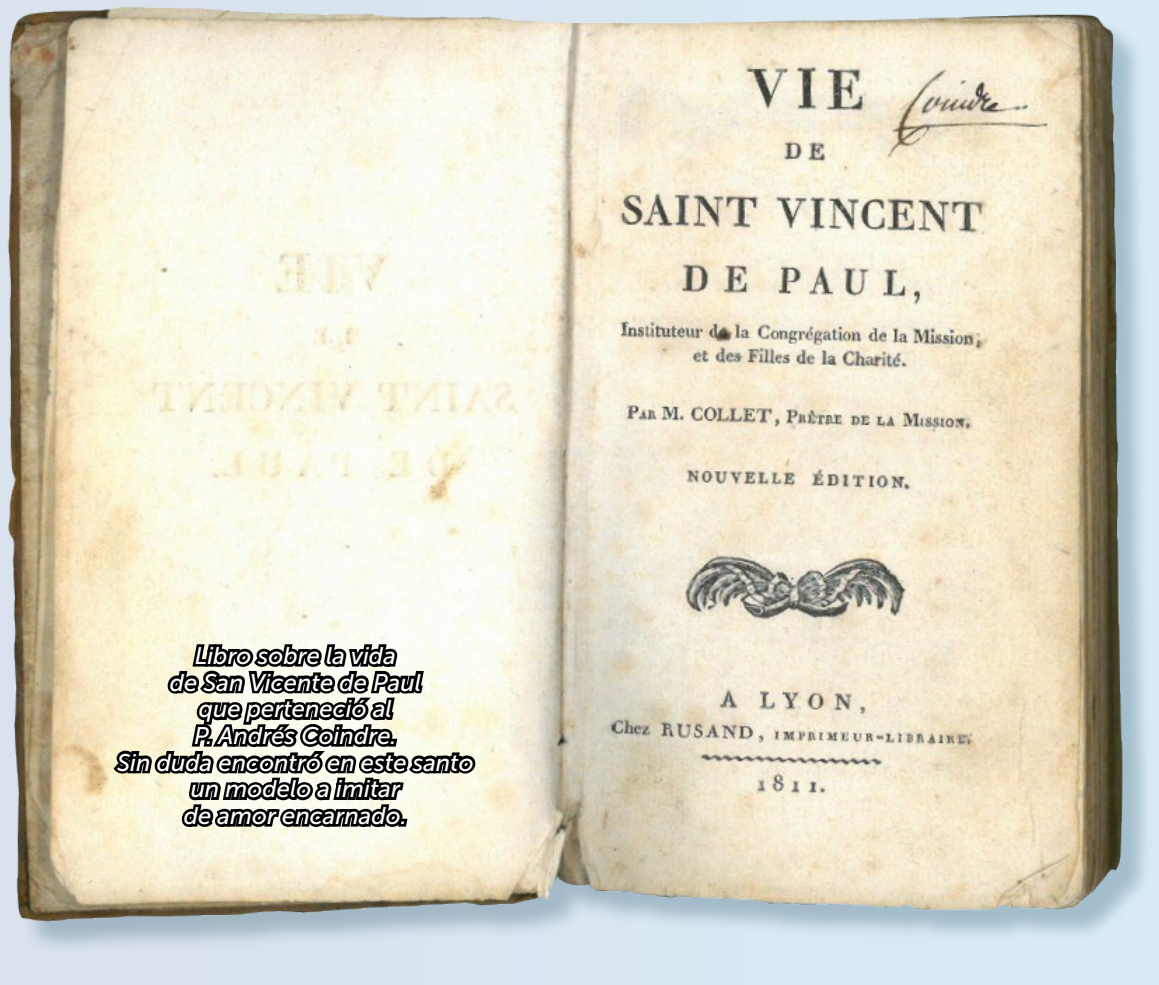
Si consideramos que la causa de su muerte fue una caída desde una altura considerable y que no fue producto de un empujón, de una confusión o de un accidente, podemos decir que SÍ: materialmente Andrés Coindre tomó acciones que produjeron su muerte y creo que era consciente de ello.

Pero si pensamos en la intencionalidad de esas acciones, en el motivo para tomarlas, creo que la respuesta es NO. Andrés Coindre no puso fin a su vida por rechazarla, por estar desesperado o para dejar de sufrir. No podemos saber exactamente qué pasó por su mente en los últimos segundos, pero hemos visto que probablemente estaba intentando realizar un sacrificio agradable a Dios y con carácter salvífico para la humanidad. Entonces no hubo una negación de la vida, sino un deseo de que la vida de los otros fuera plena aún a costa de la propia. Desde el punto de vista de su intencionalidad fue más un sacrificio, una oblación, que un suicidio.

Los cristianos sabemos que, después del sacrificio de Cristo en la cruz, ya no es necesario ningún otro holocausto, de hecho, es lo que hacemos una y otra vez en cada eucaristía: participar del único y definitivo sacrificio del Hijo de Dios. Andrés Coindre era un sacerdote bien formado y sabía estas cosas, pero su mente se oscureció: las ideas delirantes lo atormentaban y lo llevaron a tomar la más equivocada de las acciones por el más noble de los motivos.

La segunda pregunta es ¿puede Andrés Coindre llegar a ser venerable, beato y santo en la Iglesia católica?

Creo firmemente que vivió como un santo e hizo del amor a Dios y al prójimo el centro de su vida, así lo transmitieron sus propios contemporáneos. Además, a pesar de la conmoción que causó su muerte, entre los suyos nadie dudaba de que ya se encontraba en el Cielo. Nadie confundió su estado mental con su estado moral.



A este respecto el Hermano Jean Roure realizó en 1987 una consulta a Monseñor Joseph Géraud, sulpiciano y doctor en psiquiatría, experto ante el Dicasterio de las Causas de los Santos. A partir de esta conversación escribió:

Él estimaba que nos hallábamos frente a un fenómeno aislado, ya que no se habían manifestado con anterioridad notables perturbaciones psicológicas. Afirmaba que el brusco cambio de escenario y de modo de vida, el estudio intenso y muy variado de nuevas ciencias, podrían haber sido las causales de la pérdida del sentido de tiempo y de espacio; sin que se pueda descartar del todo la hipótesis de una psicosis

que se remontara hasta la infancia. Monseñor Géraud decía que él no veía, dadas las circunstancias de esta muerte, ningún tipo de contraindicación para la apertura de un proceso de beatificación, que se basa esencialmente en el análisis del grado de la práctica de las virtudes.

Es decir, para el proceso de beatificación de nuestro fundador lo importante no es cómo murió sino cómo vivió, si se puede probar que vivió la fe, la esperanza y la caridad en grado heroico... y luego, por supuesto, pedir a Dios que obre por su intercesión.

Y como hemos visto en el capítulo precedente, la psiquiatría actual se decanta en el mismo sentido: quien se quita la vida está en un estado de enajenación tal que no puede ser responsable moralmente de sus actos. Recordemos aquí estos dos fragmentos, el primero del Dr. Libenson, neurocirujano y el segundo del Dr. Giannoni, neurólogo y psiquiatra.

La psiquiatría actualmente considera que todo acto suicida se da en el marco de un estado de "alienación transitoria", es decir una suspensión temporal del "yo", o sea de la percepción de la realidad y del control volitivo/consciente de las propias acciones. (...) Creo que únicamente podemos afirmar que la trágica muerte del Padre Coindre se produjo en el contexto de una grave alteración mental sin consciencia plena ni percepción de realidad y sin control de la propia voluntad.

Cuando una persona se encuentra en un estado como el de Andrés Coindre en sus momentos finales el discernimiento está suspendido, así como el criterio de realidad; la persona actúa por impulsos, pero el libre albedrío no está presente. Incluso actualmente se considera que ningún suicidio concretado es voluntario, sino que se explican médicamente por un cuadro sicótico breve, brusco e inmanejable para el sujeto. Podemos concluir entonces que, independientemente de cuál haya sido la causa que lo llevó a esa situación, orgánica o psicopatológica, el acto de arrojar "fue actuado" por la enfermedad, por una impulsión psicótica irrefrenable y no por una decisión libre de su voluntad.

Tercera y última: ¿Por qué queríamos que Andrés Coindre fuera declarado santo?

Creo que lo queremos porque lo amamos y deseamos cosas buenas para quienes amamos, vivos en este mundo o vivos para siempre junto al Padre. Porque el mero hecho de iniciar su causa, independientemente del tiempo que lleve o si llega a algún resultado, es en sí mismo un signo de amor a su persona y de confianza en su santidad. Porque es un reconocimiento que como hijos le debemos y del que hemos estado omisos por doscientos años. Porque es el camino para terminar de asumir plenamente su muerte y abrazar el valor de su vida. Porque nuestra existencia como Instituto y familia carismática es una prolongación de la gracia especial que él recibió en nuestra fundación y afirmar su santidad es reafirmar nuestro llamado a ser santos y la validez de este camino para lograrlo. Porque es reavivar el fuego del Espíritu en nosotros y dejar que nos queme, como hubiera querido Andrés. Porque es una oportunidad para compartir la riqueza de nuestro fundador con toda la Iglesia y su testimonio e intercesión puede ayudar a otros a acercarse a Dios.

Y para terminar, un último dato y una propuesta:

Andrés Coindre fue inhumado el miércoles 31 de mayo de 1826 en el cementerio de Blois, pero dieciséis años más tarde, en 1842, se desafectó ese camposanto. El Hno. Guy Brunelle afirma en *Le point sur la sépulture d'André Coindre (Aclaraciones sobre la sepultura de Andrés Coindre)*, Montréal, 2013), que se trasladaron al nuevo cementerio solamente las tumbas "reclamadas", que fueron muy pocas. Como no existe constancia de que entre ellas estuviera la de nuestro fundador, muy probablemente sus restos permanecieron en el lugar original. En dicho emplazamiento hoy se levantan dos grandes escuelas superiores, una de ingeniería y otra de la naturaleza del paisaje; como educadores podemos encontrar allí un fuerte simbolismo.

En todo caso, no tenemos una tumba donde honrarle. Y al no haber tumba, tampoco hay lápida... ni epitafio. ¿Qué epitafio elegirías tú? Anótalo y haz como María, que "conservaba estas cosas y las meditaba en su corazón" (Lc 2, 19).

PREGUNTAS PARA LA REFLEXIÓN PERSONAL Y COMUNITARIA

1. ¿Cuál sería tu epitafio para Andrés Coindre?
2. ¿Qué rasgo de Andrés Coindre crees que refleja mejor la santidad de su vida?
3. ¿Cómo se suele reaccionar en tu entorno (sociedad, familia, comunidad, obra educativa, etc.) ante los problemas de salud mental? ¿De qué manera Dios nos llama a actuar en esos casos?
4. ¿Se presenta en tu ambiente la figura de Andrés Coindre a los niños y jóvenes? ¿Qué rasgos se podrían enfatizar más? ¿Cómo hablar de su muerte a los alumnos?
5. ¿De qué maneras concretas Dios nos sigue llamando a la santidad en este camino carismático?

AGRADECIMIENTO

¿A quién pertenecen las ideas? ¿Existe un pensamiento que sea absolutamente propio?

Creo que un texto se construye, en realidad, con aportes de incontables personas; el autor es simplemente el albañil que los ordena y crea nuevas formas a partir de ellos. Por eso, al terminar de escribir, me detengo un momento para decir GRACIAS.

A quienes me han enseñado a valorar y querer a nuestro fundador, especialmente a aquellos con los que he tenido o tengo la dicha de colaborar en esta hermosa tarea de difundir el carisma: GRACIAS.

A todos los hermanos y laicos que han investigado y escrito sobre la vida del Padre Andrés Coindre, varios de los cuales han sido mencionados explícitamente a lo largo del texto: GRACIAS.

A los profesionales que han aportado sus conocimientos de manera absolutamente generosa para poder avanzar en la comprensión de la muerte de nuestro fundador: GRACIAS.

A los traductores que han realizado una tarea exigente y minuciosa para que estas palabras puedan llegar con fidelidad a todos los hermanos y colaboradores: GRACIAS.

Y a quienes han leído los borradores del texto para ofrecer ideas, sugerir mejoras y pulir la redacción; especialmente a los Hermanos Daniel Impellizzieri, Pedro Ortiz y Antonio López García-Nieto; así como a Julio Navarro, Juan Redondo y Judith Varsavsky: MUCHAS GRACIAS.

Hno. Emilio Rodrigo SC

NOTAS

¹El primero, del Hermano René Sanctorum, habla específicamente del Padre Andrés Coindre; el segundo, del Hermano Jesús Ortigosa, aunque se centra en el Hermano Policarpo, nos permite ver la continuidad carismática con el fundador; el tercero, del Hermano Bernard Couvillion, trata sobre la espiritualidad del Instituto partiendo de la experiencia de Andrés Coindre en las cárceles y cómo se traduce en una forma de vivir como discípulo de Cristo; el cuarto, del Hermano Stéphane León Sané, aborda la pedagogía de la confianza que brota de la experiencia del Pío Socorro; el quinto, del Hermano Jean-Paul Valle, nos invita a mirar el futuro con esperanza, actualizando el carisma legado por nuestro fundador; el sexto, de John Devlin, desarrolla cómo compartir el carisma entre hermanos y laicos; y el séptimo, del Hermano Mark Hilton, superior general, es una síntesis de todos los anteriores y un canto a nuestro pasado, presente y futuro.

²Las Reglas (documento también llamado Regla, Regla de Vida o Reglas y Constituciones) es el texto base de cada instituto religioso, ya que especifica el modo concreto de vivir el Evangelio según el carisma propio. En este párrafo el Padre Coindre hace referencia tanto a las Reglas de los Misioneros del Sagrado Corazón que él había fundado en Monistrol como a las de los Hermanos del Sagrado Corazón, pero son dos documentos totalmente diferentes.

³El arzobispo de Lyon era el Cardenal Joseph Fesch, pariente de Napoleón por línea materna, pero éste se encontraba exiliado en Roma. En su ausencia se habían nombrado a varios vicarios generales, uno de los cuales era el Padre Cholleton. Dado que se prolongaba la ausencia del Cardenal, se nombró en 1823 a Mons. Gaston de Pins como administrador apostólico; es decir que Mons. de Pins mantiene su propia diócesis y, además, se hacía cargo de la arquidiócesis de Lyon de manera provisoria, sin ser nombrado arzobispo. Sin embargo, los vicarios generales, que conocían el terreno mucho mejor, se mantuvieron fieles al Cardenal Fesch, por lo que se daba una tensa y compleja situación en la arquidiócesis.



EL AUTOR: HNO. EMILIO RODRIGO

El Hermano Emilio Rodrigo nació en Madrid (España) el 8 de agosto de 1977, pero a fines de 1991 se mudó con su familia a Montevideo (Uruguay). En ambas ciudades fue alumno de los Hermanos del Sagrado Corazón.

Al culminar sus estudios secundarios se trasladó a Argentina para realizar la formación inicial en el Instituto: el postulante en 1996 en Lomas de Zamora, el noviciado en 1997 en Venado Tuerto y el escolasticado nuevamente en Lomas de Zamora de 1998 a 2000. Su primera profesión tuvo lugar en Venado Tuerto el 2 de febrero de 1998 y la perpetua el 20 de marzo de 2004 en Montevideo.

Tras obtener el título de Profesor de Filosofía y Ciencias de la Educación en el Instituto Superior Salesiano de Buenos Aires, se integró a la comunidad de Montevideo (Uruguay), donde se

desempeñó por unos veinte años en diferentes tareas: profesor de filosofía, catequista, administrador y director. Actualmente está a cargo de la Residencia Universitaria Corazonista inaugurada en 2023 en la ciudad de Buenos Aires (Argentina).

A nivel provincial forma parte desde 2008 del Equipo de Animación Pastoral e integra desde 2009 el consejo provincial. Fue secretario provincial de 2015 a 2023.

Desde el año 2016 participa de la Comisión para la Promoción del Carisma de Fundación (CPCF) del Instituto, en representación de la Conferencia de América Latina y España. En dicha función coordina el equipo que lleva adelante las sesiones anuales de formación en el carisma para hermanos y colaboradores laicos de lengua española y portuguesa. En 2022, formó parte del equipo organizador de una sesión en Roma sobre pastoral vocacional.

ANEXO:

PERSONAS DESTACADAS EN EL CONTEXTO ECLESIAL DE ANDRÉS COINDRE

En un primer círculo, por proximidad a nuestro fundador, ubicamos a aquellas personas que colaboraron directamente con él y de cuya relación tenemos algún tipo de testimonio escrito. Dejamos de lado a los obispos bajo cuya autoridad Andrés trabajó, pero incluimos a compañeros que posteriormente llegaron al episcopado. Los ordenamos por año de nacimiento.

Claude Marie Bochard (1759-1834): Fundó en 1816, en la iglesia de San Bruno (antiguo monasterio de los cartujos), los Padres de la Cruz de Jesús. Coindre se unió poco después a este grupo y permaneció hasta 1821, sin llegar a emitir votos. Bochard también fundó el mismo año los Hermanos de la Cruz de Jesús y en 1832, con su sobrina, las Hermanas de la Cruz de Jesús. Como vicario general de Lyon desde 1808 le dio bastantes dolores de cabeza a Coindre por su oposición a la proliferación de congregaciones religiosas.

Santa Claudina Thévenet (1774-1837): Su encuentro con el Padre Coindre en la parroquia de San Bruno como confesor y guía espiritual, la ayudó a descubrir su vocación religiosa. A partir de la Pía Unión al Sagrado Corazón de Jesús, en 1818 cofundó con Andrés Coindre las Religiosas de Jesús-María y tomó el nombre de Madre María San Ignacio. Fue beatificada en 1982 y canonizada en 1993. En su *Positio* (documento de estudio de su vida y obra) se cita al Padre Coindre en más de ciento cincuenta ocasiones.

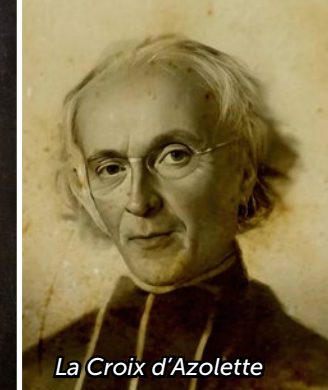
Nicolas-Augustin de La Croix d'Azolette (1779-1861): Fue uno de los compañeros más apegados a Andrés Coindre en los misioneros de Lyon y se encontraba entre los primeros suscriptores del Pío Socorro, la obra de nuestro fundador para los jóvenes pobres y expresidarios. Fue nombrado obispo de Gap en 1837, donde fundó las Hermanas de la Providencia. Rechazó el arzobispado de París por motivos de salud, pero en 1840 aceptó el de Auch, donde fundó a los Hermanos de la Instrucción Cristiana de Midi. Falleció



Bochard



Thévenet



La Croix d'Azolette



Furnion



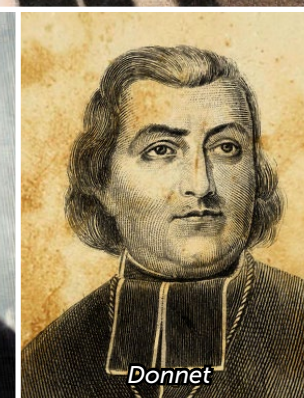
Mioland



R. Montagnac



J. P. Montagnac



Donnet



Dufêtre



Nogret



Jaricot



Lyonnet



Gondre

a los 81 años y fue sepultado en la iglesia de San Bruno, donde había sido párroco y Andrés coadjutor.

Léonard Furnion (1781-1847): Fue ordenado sacerdote en 1813, un año después de Andrés Coindre, de quien fue compañero incansable en los Misioneros de la Cruz de Jesús. Fue director espiritual de Caroline de Choussy, con quien fundó las Hermanas de la Adoración del Sagrado Corazón en 1820, dedicadas a la adoración perpetua y a la enseñanza.

Jean-Marie Mioland (1788-1859): Fue amigo personal de Andrés Coindre y su compañero de ordenación en 1812. Por treinta y seis años se desempeñó como superior de los misioneros de la Cruz de Jesús y con Coindre predicó quince misiones y retiros entre 1816 y 1822. También fue amigo y director espiritual de la familia Thévenet. En 1836 fue nombrado obispo de Amiens y en 1849 auxiliar de Toulouse, diócesis de la que fue titular desde 1851. A petición de Claudina Thévenet escribió una biografía del Padre Coindre, pero lamentablemente se perdió durante la revolución de 1848.

Louis Rossat (1789-1866): Este sacerdote, ordenado en 1814, fue bautizado en la parroquia de San Nazario de Lyon, al igual que nuestro fundador, con quien coincidió en Bourg-en-Bresse cuando Coindre era primer coadjutor y Rossat segundo; allí pasaron tres años juntos. Fue nombrado párroco arcipreste de la catedral de Lyon en 1829, obispo de Gap en 1840 y de Verdún en 1844, donde testificó una curación milagrosa de la Virgen de La Salette.

Romain Montagnac (1792-1839): Sacerdote nacido en Le Puy, se convirtió en la mano derecha de Andrés Coindre en los Misioneros del Sagrado Corazón de Monistrol. Participó en los primeros votos públicos de las Religiosas de Jesús-María (1823) y de los Hermanos del Sagrado Corazón (1824). En el capítulo general que eligió a Francisco Vicente Coindre como nuestro segundo superior general, obtuvo un voto para el cargo. Su hermano menor, **Jean-Pierre Montagnac (1797-1865)**, también fue sacerdote, colaboró con Coindre en Monistrol y siguió en relación con los hermanos toda su vida.

Ferdinand-François-Auguste Donnet (1795-1882): Ordenado en 1819; un año más tarde se unió a los misioneros de la Cruz de Jesús, donde predicó con Andrés Coindre. Pero cuando este grupo de sacerdotes se convirtió en congregación, después de 1821, lo abandonó al igual que los hermanos Coindre. Entonces marchó a Tours donde también predicó misiones. En 1826 le cedió a Andrés el cargo de superior del seminario mayor de Blois,

donde éste falleció pocos meses después. En 1837 fue nombrado obispo de Burdeos. En 1852 fue creado cardenal.

Dominique-Augustin Dufêtre (1796-1860): En 1818, un año antes de su ordenación sacerdotal, se unió a los misioneros de la Cruz de Jesús, con quienes colaboró hasta 1821. Allí trabajó frecuentemente con Andrés Coindre, quien contaba con él como si fuese un hermano. Fue nombrado vicario general de Tours en 1824, donde recibió brevemente al Padre Coindre durante su enfermedad final. En 1842 fue nombrado obispo de Nevers.

Louis Nogret (1798-1884): Originario de la zona de Bretaña, fue ordenado en 1822 y poco después se trasladó a Tours donde coincidió en alguna misión con Andrés Coindre, de quien conservaba un recuerdo imborrable más de cincuenta años después: "Lo que nunca podré olvidar es que el Padre Coindre ejercía su apostolado con verdadero éxito, dotado de una piedad eminente, de un celo notable y de una rara facilidad de palabra. Así que consiguió recuperar para el rebaño del Salvador innumerables almas que se habían alejado de él". Nogret fue elegido obispo de Saint-Claude en 1862.

Beata Paulina Jaricot (1799-1862): Como joven laica participó de la Pía Unión al Sagrado Corazón que fundó Andrés Coindre. Ingresó formalmente en 1817 junto con Marie-Marthe Coindre, hermana de nuestro fundador, y en 1821 llegó a presidir la sección de "consuelos y limosnas". Tuvo un hermano sacerdote que también colaboró con el Padre Coindre. Inspiró la obra de la Propagación de la Fe (hoy Domund) y fundó el Rosario Viviente. Está enterrada en la Iglesia de San Nazario de Lyon, donde Andrés Coindre y Claudina Thévenet fueron bautizados. Fue beatificada en 2020.

Jean-Paul-François-Marie-Félix Lyonnet (1801-1875): Nació en Saint-Étienne, a menos de 60 km de Lyon, donde fue ordenado sacerdote en 1824. Allí conoció al Padre Coindre y volvió a coincidir con él en 1826 en el seminario mayor de Blois, donde Andrés era el superior y Lyonnet uno de los directores. Acompañó muy de cerca a nuestro fundador en sus últimos días y a él debemos la carta que relata las circunstancias de su enfermedad y muerte. Posteriormente, fue designado obispo de Saint-Flour en 1851, de Valence en 1857 y arzobispo de Albi en 1865. Fue padre conciliar en el Vaticano I (1869- 1870). Eligió como lema episcopal "Sé de quién me he fiado" (2 Tm 1, 2).

Venerable Policarpo Gondre (1801-1859): Aunque su nombre de bautismo fue Juan Hipólito, nosotros lo conocemos mejor como Hermano Policarpo. Nació en La Motte, una aldea en las estribaciones de los Alpes, a unos 200 km de Lyon, ciudad a la que llegó en 1827 para iniciar su camino como religioso. Pertenece a este grupo porque, aunque no conoció en vida a Andrés Coindre, fue el gran continuador de su obra, de la que se le consideró su “segundo fundador”.

En un segundo círculo ubicamos a otras grandes figuras con las que podemos estar seguros de que el Padre Coindre mantuvo algún tipo de trato, aunque no haya registro escrito de ello. Son personas que, por su coincidencia geográfica y temporal, necesariamente deben haber interactuado con él: caminaron por las mismas calles y pueblos, enfrentaron los mismos problemas y formaron parte del mismo entorno social y eclesial.

Jean-Baptiste Rauzan (1757-1847): Por indicación del Cardenal Fesch fundó los Misioneros de Francia en Lyon en 1807, pero fueron dispersados en 1809 por orden de Napoleón. Algunos de ellos permanecieron en la parroquia de San Bruno y fueron la base del grupo al que se unió el Padre Coindre más adelante. Posteriormente, el Padre Rauzan junto con **Charles-Auguste-Marie-Joseph de Forbin-Janson (1785-1844)**, volvió a reunir a sus misioneros en 1814 (bajo el nombre de Sacerdotes de la Misericordia), pero esta vez en París. Forbin-Janson hizo tratativas para que Andrés Coindre se uniera a ellos en torno a 1815, pero las autoridades de Lyon no lo dejaron partir y un año más tarde lo asignaron a la parroquia de San Bruno, donde se unió a los misioneros que allí se acababan de constituir. Sin embargo, las interacciones no terminan aquí: cuando en 1822 Andrés Coindre estaba planificando iniciar la obra de los Misioneros del Sagrado Corazón en Monistrol, el Padre Rauzan le donó generosamente parte de un antiguo convento de los franciscanos que él había heredado. También es posible que fuera el mismo Padre Rauzan quien sugiriera a Monseñor de Salamon la idea de los misioneros que éste le propuso a Coindre. Además, Rauzan fundó en 1821 las Hermanas de Santa Clotilde junto a **Antoinette Desfontaines (1757-1821)**. Por su parte, Forbin-Janson, siendo obispo de Nancy, fundó en 1843 la Infancia Misionera que perdura hasta nuestros días.

Jeanne Fontbonne (1759-1843): Fue encarcelada y estuvo a punto de ser guillotina por la Revolución. Posteriormente, en 1808, el Cardenal Fesch le encomendó restituir la congregación de las Hermanas de San José y estableció su casa madre en las inmediaciones de la parroquia de San Bruno en Lyon. Tomó el nombre de Hermana San Juan. La primera obra para niñas del Padre Coindre, la Providencia Sagrado Corazón de 1817, aunque sostenida por las señoritas de la Pía Unión al Sagrado Corazón (asociación laical fundada por Andrés) era atendida por las Hermanas de San José. En torno a 1824 estas hermanas abrieron una escuela y un hospicio en Monistrol, al mismo tiempo que el Padre Coindre iniciaba nuestro primer colegio.

Caroline Choussy de Grandpré (1783-1827): Cofundadora en 1820, con el Padre Furnion (compañero de misiones de Coindre), de las Hermanas de la Adoración del Sagrado Corazón en una de las antiguas celdas de los cartujos en la parroquia de San Bruno. En aquel momento Andrés era coadjutor de dicha parroquia. Su nombre como religiosa fue Hermana Juana Francisca de Jesús.

Jeanne-Marie Chavoin (1786-1858): Fue fundadora de las Hermanas Maristas junto al Padre Colin en 1824, de quien luego se distanció. Esta fundación tuvo lugar en Cerdon, a unos 75 km de Lyon y a 30 km de Bourg-en-Bresse, donde Andrés Coindre había sido coadjutor unos años antes.

San Juan María Vianney (1786-1859): Más conocido como “el santo cura de Ars”, patrono de los sacerdotes. Tenía casi la misma edad que el Padre Coindre y coincidió con él en el seminario de San Ireneo, aunque fue ordenado tres años después, en 1815, en la misma catedral de Lyon. Vianney fue beatificado en 1905 y canonizado en 1925.

San Marcelino Champagnat (1789-1840): Fundador de los Hermanos Maristas en 1817. Nació dos años después que el Padre Coindre y, sin duda, se cruzó a menudo en su camino. Fue ordenado en 1816 junto a Colin y Chanel, un año después que el Santo de Ars y cuatro después que nuestro fundador. En su última carta, el Padre Coindre se queja de que el Padre Catet, vicario de Lyon, pretendía unir a nuestros hermanos con los Maristas, lo que nunca sucedió. Fue beatificado en 1955 y canonizado en 1999.

Venerable Jean-Claude Colin (1790-1875): Fundador de los Padres Maristas en 1817 y de las Hermanas Maristas en 1824 con Jeanne-Marie Chavoin. Se ordenó en 1816 junto a Marcelino Champagnat y, al día siguiente, ambos



subieron, junto con otros diez nuevos sacerdotes, hasta el Santuario de Ntra. Sra. de Fourvière (donde nosotros fuimos fundados unos años después) e hicieron la promesa de iniciar un instituto religioso dedicado a María. Por eso los Padres, los Hermanos y las Hermanas Maristas forman parte de un mismo proyecto.

Venerable Louis Querbes (1793-1859): Fundador de los clérigos de San Viator. Nació seis años después que nuestro fundador y fue compañero de seminario de Colin y Champagnat, pero se ordenó unos meses después. En 1829 fundó una institución dedicada a la formación de maestros y en 1835 este grupo se transformó en instituto de sacerdotes y hermanos. Fue declarado venerable en 2019.

Pierre Pousset (1794-1883): Fundador de las Hermanas de la Sagrada Familia en 1825, en la parroquia de San Bruno de Lyon. A finales de 1814 ingresó en el seminario mayor de Lyon y fue ordenado en 1817, cinco años después que Andrés Coindre. En 1823 fue nombrado vicario de San Bruno y se unió a los misioneros de la Cruz de Jesús, pero no coincidió con nuestro fundador, que ya en 1822 había marchado a Monistrol. En dicha parroquia fundó, también en 1825, la escuela "Jesús adolescente", que pervive hasta el día de hoy dentro del grupo escolar de Los Cartujos.

Joseph Rey (1798-1874): Nació a menos de 80 km de Lyon, donde se ordenó en 1821. En 1830 (cuatro años después de la muerte de Andrés Coindre) fue nombrado capellán de las Religiosas de Jesús-María en Fourvière. En 1835 fundó una sociedad de sacerdotes y hermanos, los Hermanos de San José de Oullins, y en 1844 las Hermanitas de San José de Montgay.

Gabriel Taborin (1799-1864): Fundó en 1835 los Hermanos de la Sagrada Familia de Belley, a 100 km de Lyon. Es la única congregación de hermanos fundada por un hermano y no por un sacerdote. Es probable que se haya inspirado en los Maristas, Menesianos o en nosotros mismos.

San Pedro Chanel (1803-1841): Se ordenó en la catedral de Lyon junto a Champagnat y Colin y en 1831 se unió a la Sociedad de María (Padres Maristas) fundada por este último. Nació en Montrevel-en-Bresse, a 17 km de Bourg-en-Bresse, donde Andrés Coindre fue coadjutor de 1813 a 1815, cuando él tenía entre diez y doce años; luego estudió en el seminario de Lyon por lo que podemos estar seguros de que se conocieron de una forma u otra. Fue misionero y murió en la isla polinesia de Futuna. Se lo considera el

primer mártir de Oceanía y también el primero Marista. Fue beatificado en 1889 y canonizado en 1954.

Venerable François Rivat (1808-1881): Nacido en Maisonnette, a unos 55 km de Lyon, se unió a los Hermanos Maristas con tan sólo 10 años; dejó su nombre de bautismo, Gabriel, para adoptar el de Hermano Francisco. Fue la mano derecha de Marcelino Champagnat y, tras la muerte de éste en 1840, se convirtió en el superior general de su comunidad. En 1968 fue declarada la heroicidad de sus virtudes.

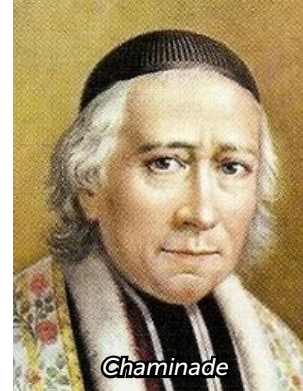
Beato Federico Ozanam (1813-1853): Fue un laico católico, historiador y ensayista, con una fuerte vida espiritual y uno de los fundadores de las Conferencias de San Vicente de Paul. Estudió en el mismo colegio público en donde se había formado el Padre Coindre antes del seminario menor y tenía 13 años cuando falleció éste. Fue beatificado en 1997.

Beato Antoine Chevrier (1826-1879): Fundador de la Providencia del Prado y la Sociedad de Sacerdotes del Prado. Este lionés nació el mismo año de la muerte de Andrés Coindre por lo que no lo conoció, pero sin duda habrá oído hablar de él y de su obra, que guarda cierto parecido con la suya propia.

Por último, en el tercer círculo, el más alejado de Andrés Coindre, mencionaremos algunas figuras contemporáneas que seguramente no lo conocieron por razones de distancia geográfica, pero que probablemente hayan tenido noticias de su vida de uno u otro modo. En cualquier caso, impresiona pensar que todos ellos vivieron en el mismo país y período de tiempo. Quedan conscientemente fuera de esta lista al menos otros diez beatos y santos fundadores, así como todos los misioneros mártires.

Beato Guillermo José Chaminade (1761-1850): Sacerdote fundador de la familia Marianista: la Congregación secular de la Inmaculada en 1800, las Hijas de María Inmaculada en 1816 junto a la **Beata Adela de Batz (1789-1828)** y la Compañía de María en 1817.

Santa Magdalena Sofía Barat (1779-1865): Fundadora de las Religiosas del Sagrado Corazón de Jesús en 1800, a quienes Monseñor de Bonald pretendió fusionar con las Religiosas de Jesús-María de Claudina Thévenet.



Chaminade



Batz



Barat



La Mennais



Deshayes



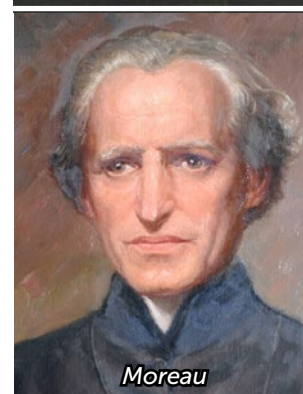
Mazenond



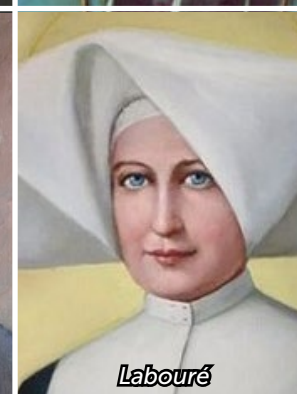
Noailles



Garicoits



Moreau



Labouré



Eymard



Guillot



Milleret de Brou



Martin - Guérin - Lisieux

Venerable Juan María de La Mennais (1780-1860): Fundador con el también sacerdote **Gabriel Deshayes (1767-1841)** de los Hermanos de la Instrucción Cristiana en 1819 (Menesianos).

San Eugenio de Mazenod (1782-1861): Obispo fundador de los Misioneros Oblatos de María Inmaculada en 1816. Estuvo también vinculado con los Padres Rauzan y Forbin-Janson ya mencionados.

Pierre-Bienvenu Noailles (1793-1861): Este sacerdote fundó en Burdeos una asociación bajo el patrocinio de la Sagrada Familia, donde reunió a sacerdotes, religiosas y laicos. Fue la obra de su vida, aunque posteriormente se vio en la necesidad de asociarla a los Oblatos de María Inmaculada de Mazenod.

San Miguel Garicoits (1797-1863): Fundador en 1832 de los Sacerdotes del Sagrado Corazón de Betharram.

Beato Basile-Antoine-Marie Moreau (1799-1873): Sacerdote fundador de la Congregación de la Santa Cruz en 1837 (instituto de hermanos y sacerdotes) y de las Marianitas de la Santa Cruz en 1841.

Santa Catalina Labouré (1806-1876): Fue una religiosa de las Hijas de la Caridad que en 1830 recibió las visiones en las que María le pedía crear la "Medalla Milagrosa", cuyo uso se extendió por todo el mundo.

San Pierre-Julien Eymard (1811-1868): Fundador de las congregaciones de Sacramentinos y Sacramentinas en 1856, estas últimas junto a **Marguerite Guillot (1815-1885)**. Sus fundaciones tienen su origen en una revelación mística que tuvo en 1851 en la basílica de Fourvière (donde los Hermanos del Sagrado Corazón habíamos sido fundados treinta años antes).

Santa Anne-Eugénie Milleret de Brou (1817-1898): fundadora de las Religiosas de la Asunción en 1839. Es candidata a Doctora de la Iglesia. Como religiosa tomó el nombre de Hermana María Eugenia de Jesús.

Y para cerrar esta lista, un caso muy especial: la familia conformada por **San Louis Martin (1823-1894)**, su esposa **Santa Marie-Cécile Guérin (1831-1877)** y sus cinco hijas religiosas... la última de ellas ¡**Santa Teresita de Lisieux (1873-1897)**, Doctora de la Iglesia!

ÍNDICE

PRESENTACIÓN DE LAS PUBLICACIONES 3

I. EL SECRETO MEJOR GUARDADO 5

II. EL ORDEN DE LOS FACTORES..... 8

III. NO ES UNA CARRERA.....11

IV. OFRECER EL CORAZÓN..... 14

V. UNA CONTRARREVOLUCIÓN DE SANTIDAD18

VI. LEJOS DE CASA 20

VII. SUS ÚLTIMAS CARTAS24

VIII. LA NOCHE EN LA QUE TODO CAMBIÓ..... 31

IX. LA NOTICIA QUE NO DEBIÓ SER.....34

X. HISTORIA DE UN OLVIDO52

XI. EL DOLOR DE SUS HIJOS E HIJAS58

XII. DEMOS LA PALABRA A LA CIENCIA 66

XIII. TODO EMPIEZA Y TERMINA EN EL CORAZÓN79

XIV. PREGUNTAS Y RESPUESTAS.....82

PREGUNTAS PARA LA REFLEXIÓN87

AGRADECIMIENTO 88

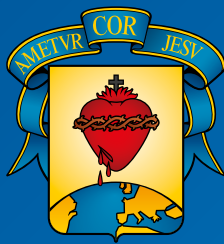
NOTAS..... 89

EL AUTOR..... 90

ANEXO.....92

**PUBLICACIONES DEL BICENTENARIO
DE LA MUERTE DE ANDRÉS COINDRE**

Cuaderno	Tema	Autor	Fecha de publicación
1	Santidad y muerte de Andrés Coindre	Hno. Emilio Rodrigo	30 de mayo de 2024
2	Andrés Coindre y el Hno. Javier	Hno. Francisco Javier Marquínez	30 de mayo de 2025
3	Andrés Coindre y el Hno. Policarpo	Juan Ramón Sáez	30 de mayo de 2026



HERMANOS DEL SAGRADO CORAZÓN

CASA GENERAL
Piazza del Sacro Cuore, 3
00151 Roma - Italia

webcorjesu.com